

Esta publicación es parte del ejercicio escultórico que Abraham Cruzvillegas llevó a cabo en la sala principal del Museo Experimental el Eco, y que consistió en la reutilización constructiva del material que extrajo de una casa en remodelación, donde habita actualmente con su familia. Al igual que otros proyectos de Cruzvillegas, este ejercicio tiene que ver con proponer el museo como un espacio de aprendizaje, donde la presentación de uno o varios objetos terminados tiene la misma importancia que generar reflexión y conocimiento a partir de la necesidad «del hacer».

Después de inaugurar al público la intervención escultórica en febrero de 2013, lo que se pudo presenciar en el lugar, además de la edificación provisional y emergente dentro del espacio creado por la *arquitectura emocional* de Mathias Goeritz, fueron cuatro diálogos públicos que Abraham sostuvo con los miembros más cercanos de su familia, con la voluntad de aprender más de ellos y compartir la experiencia con otros. A partir de exponer, durante dos días, la historia y actividad que desempeñan, individualmente, su madre Angelita, su hermana



Eréndira, su hermano Chucho y su mujer, Alejandra, en forma de una experiencia educativa *a fortiori* —como él mismo señala— se concreta un acto congruente con el sentido inicial del proyecto.

Autodestrucción 2 incluye un relato-ficción escrito por Cruzvillegas titulado *La pendiente*, derivado de conversaciones y anécdotas detonadas en el proceso de montaje con personal que labora en el museo. Dicho relato evidencia y engloba los mecanismos de producción de la metodología que durante varios años ha desarrollado como columna vertebral de su lenguaje artístico, que expande, cada vez más, sus límites de producción simbólica, como lo es esta publicación.

La Pendiente

Abraham Cruzvillegas

Miró a través de mí, como buscando una respuesta y encontrando de nuevo el mismo paisaje agreste de los pedregales de Coyoacán, resoplando mientras giraba el cuerpo hacia la derecha, en ángulo de treinta y cuatro grados, pero sin quitarme los ojos de encima. Se rascó la nuca, murmuró siete palabrotas —sabiendo que sólo yo escuchaba— y se volteó hacia lo que usaba como cama: un montón de piezas de herrería (rejas, barandales, un pedazo de escalera de caracol, una puerta desmadejada, medio cancel) y un apilamiento espeso de cartones, cobijas, hule espuma, bolsas, costales, ropa. Miró los *lockers* escolares colocados en fila, recargados sobre la destartada pared que mostraba indecente de qué había sido hecha y cómo había sido modificada en sus muchos años de vida: piedras bola, tabiques, ladrillos, adobe, palos y varillas, recubierta por zonas con triplay, cartón y telas luidas. Miró las gavetas de los *lockers*, llenas de juguetes polvorientos, de herramientas grasosas, de tambaches de llaves amarradas con alambre recocido. Miró las montañitas de *sockets*, cables, enchufes y series de focos navideños que tenían años de no encenderse. Miró de nuevo los fardos de tacones de hule que había reunido en sexenios, unidos con ligas multicolores, para clasificarlos. Escudriñó las bolsas de nylon rellenas de agujetas y cordones de piel, de acrílano, de algodón, de plástico, de carnauba. Miró a la cama como queriendo tirarse encima, pero en realidad lo que más deseaba era atravesar una pared, patearla con su pie siniestro, que además de ser el izquierdo, era su extremidad defectuosa, la que él consideraba su parte monstruosa. A ella debía el mote de *La Pendiente*: en los años en que llegó a la ciudad de México comenzaron a llamarle así, debido al declive que describía la suela de su zapato zurdo, por caminar chueco. Su nombre era Rafael Flores.

Al parecer, cuando nació, Rafa tenía la misma pierna izquierda torcida de sus hermanos mayores, que murieron poco después de nacidos, y los rumores señalaban a la madre como culpable, pues supuestamente cargaba objetos pesados sobre la cadera derecha, como si los fetos tuvieran las piernas siempre del mismo lado y en la misma posición. Pero la gente siempre dice lo que quiere, como que ella, Emilia Moreno Pérez, la progenitora de *La Pendiente*, había sido revolucionaria, y que por eso también su temperamento se había endurecido para siempre, volviéndola una madre dura, demandante, posesiva, cabrona. De los ocho hijos que tuvo, solamente uno estudió, los demás optaron por aprender oficios después de abandonar la escuela primaria: uno se hizo panadero, pues adoraba las tortas ahogadas y siempre se había preguntado cómo se hacían los birotos; otro se volvió tallador de santos, de esos que todavía se venden en la calle de Arcos, en el centro de La Perla de Occidente; otro se metió al seminario de Zapopan para ser cura, pero al final nomás salió del clóset.

La Pendiente, tal vez por razones medianamente previsibles, quiso ser zapatero remendón, así que fue enviado por su padre, Pablo Flores, al mercado de San Juan de Dios para encontrarse con un maestro que afirmaba hacer el mejor borceguí del mundo, pero en realidad lo que verdaderamente disfrutaba y sabía hacer era el huarache estilo huichol. El maestro era un indígena de Mezquitic que se llamaba Leobardo, pero prefería que le dijeran David, por razones desconocidas. En algunos meses, en los que se convirtió en un poblador más del enorme mercado tapatío, *La Pendiente* aprendió a hacer sandalias, a tejer el cuero, a teñirlo, a pegar, coser y remendar chancas en general y huaraches en particular. Trabajar con piel le generó una conciencia extrema del sentido del tacto, de las yemas de sus dedos, claro, de la idea de que todo él estaba cubierto de piel, de cuero, como las vacas desolladas para hacer botines. Del tacto pasó al olfato, al gusto, al oído, al sonido de la charrasca al rebanar una pieza de vaqueta, de su olor y su textura, del hedor de los pegamentos y los solventes, las tintas y las grasas, del martilleo sobre las suelas, del golpeteo de la máquina de coser, del brillo lustroso del charol, del rechinado del trapazo. Sin embargo, después de un tiempo, después de haber desarrollado esa percepción extrema de sí mismo y de sus sentidos, sentía que no pertenecía del todo a ese lugar, ni al mercado, ni a la ciudad, a nada. Con *Lado*, su hermano mayor, un día, hacia el final de la guerra civil que había comenzado en 1910, decidieron irse a la capital, al Distrito Federal, y no porque representara algo necesariamente mejor, sino sólo por aventureros, por canijos y para solventar la ausencia materna, asociada también a La Bola. En los tramos que recorrían a veces a pie, o lomo de burro, otras veces en carretones, Rafa —entonces todavía adolescente— gustaba de recoger chingaderitas del piso: alambritos, pedazos de mecate de ixtle, trocitos de madera y pelos de animales, como de la cola de cualquier perro que se dejara; guardaba todo meticulosamente en los bolsillos de su pantalón y luego lo envolvía en un paño, separando los rubros mientras lo doblaba: primero los pelos, luego los palitos, luego lo de metal, al final las cuerdas. Conservó no nomás los objetos, sino el hábito recolector durante toda su vida.

Podían haberse ido a otro lado, quedarse indefinidamente en cualquier pueblo, asentarse, pero siempre decidían continuar hasta lograr llegar a la ciudad de México sin tener una razón real para hacerlo, y lo lograron. Una vez allí, no sabían si ir hacia La Villa, a Xochimilco, a Tlalpan, o algún otro sitio en las afueras, para buscar trabajo de lo que fuera, de preferencia ofreciendo sus conocimientos como zapatero y panadero respectivamente. *Lado* encontró trabajo en una peluquería de Tacubaya barriendo pelos, mientras que Rafa nomás caminaba y caminaba arrastrando su pata cucha de aquí para allá, gastando más la dispareja suela de su huarache huichol. Después de algunos días de desesperación se fabricó como pudo un cajón para bolear zapatos, para continuar su trajín urbano y desnivelado, ganando algunas monedas, escasas para casi todos entonces. *La Pendiente* se sentaba a veces afuera de la peluquería Tokyo, donde trabajaba su carnal, esperando que alguien quisiera asear su

calzado mientras lo pelaban. Allí, un hombrón con delantal de cuero le preguntó que qué más sabía hacer, que si quería chambear con él en un taller cercano, era un zapatero remendón. Se dieron cita y con gran alegría se percató de que la callecita entera estaba llena de changarros de zapateros. El olor que emergía de los tendajones le recordó sus días en San Juan de Dios, removiendo algo dentro de él que ocasionalmente sintió en otros momentos y circunstancias a lo largo de su vida: quería quedarse y al mismo tiempo quería irse, una sensación de estar fuera y dentro simultáneamente. Era el olor de la piel.

Fue zapatero durante años en esa calle. Luego por su cuenta en otro rumbo, en la colonia Guerrero, hizo su negocio, se casó con Celia Carmona —estudiante de comercio—, tuvo hijos y a lo largo de los años pensó que él era él, que la pendiente de su vida era un ascenso *normal*, estable; hasta que quiso dejarlo todo. Dicen que fue porque se deprimió la vez que se metieron al taller y le robaron tres máquinas Lockstitcher, que enfureció tanto que se volvió violento, se hizo malo, y dejó todo, mandó todo a la chingada y volvió a ser el que siempre había querido ser, Rafa, el que juntaba chácharas, una especie de escarabajo caquero, un Sísifo empujado cuesta abajo por el propio peso de su talega. Decía que los objetos no mueren, que se resisten a morir, pero que para ello tienen que pagar un precio; tal como él hacía al pretender escapar de sí mismo, al destruirse, al dejar todo atrás, y morir para no morir. El peso de ese pago se convirtió para él en moneda de cuño común, y consideraba que su nuevo oficio —el de pepenador— existía de una u otra manera en su forma de vivir, de morir diariamente, arrastrando o empujando la «guayín» en la que transportaba todo tipo de desperdicios: cartón, láminas, fierros, palos, hules, latas, llantas, colchones, ropa, periódico, alambre, pedazos de pared, piedras de río, ladrillos, puertas, muebles, estéreos viejos con sus bocinas, zapatos también. Eran todas cosas que alguien había desechado, procedentes de demoliciones, lanzamientos, desahucios, fallcimientos, separaciones, o simplemente cosas que la gente ya no quería. Para él era no sólo su fuente de ingresos después de haber abandonado su segundo negocio de reparación de zapatos en la colonia Bondojito, también era un modo de existir, era un *statement* ontológico, en el que las cosas y él gravitaban en la misma esfera, una especie de hilozoísmo *ad nauseam*.

Nomás recibió el aviso de su lanzamiento de la vecindad, de nuevo en Tacubaya, en la calle General Manuel Reyes Veramendi número 16, repasó de memoria el amontonamiento de cacharros con los que tenía que salir a cuestas, además de los contenidos en sus *lockers*: láminas acanaladas, montones de mosaicos de tezontle, láminas de granito, un viguerío de madera toda podrida, un tinaco de asbesto, un calentador de gas, un lavabo, un montículo de rocas redondas, la escalera, los barandales y otras ventanas de herrería que, como yo, hemos estado con él años y años. Sus finanzas funcionaban vendiendo ocasionalmente en el tianguis de Cartagena —afuera del mercado, donde desplegaba su mercancía sobre un paño que

también doblaba en triángulos— dependiendo de las necesidades cotidianas: si hacía falta huevo, vendía —por decir algo— un zapato, e iba a comprar un huevo; si se le antojaba un cafecito, vendía un puñito de rondanas e iba a comprarse un sobrecito de Nescafé, no compraba un frasco o varios sobres, todo era en unidades mínimas; nunca compró más que lo estrictamente necesario día a día. *La Pendiente* no acumulaba siguiendo criterios estéticos, sino utilitarios, coleccionaba objetos que pensaba que podría utilizar para algo, quién sabe cuándo o para qué en concreto, pero nunca porque fueran bonitos o feos. De algún modo era un sistema de selección *por indiferencia*: decía que eran las cosas las que lo escogían a él, que ellas ejercían una atracción que exigía su recuperación, su vuelta a la vida, después de haber sido consideradas basura, cascajo, despojos. De algún modo, la causa esgrimida por el casero para echar a *La Pendiente* de su cuarto al fondo de la vecindad era —además de la morosidad— el mal aspecto que causaba el amontonadero de porquerías del que por temporadas brotaba hierba y salían arañas y cochinillas. Tenía que recoger su tiradero y largarse a donde pudiera, reflejando sus ojos opacos sobre mis vidrios rotos, dijo en voz alta: «Chin», y finalmente se tiró a la cama. Por entonces supo que sus hijos se enteraron de que seguía vivo, de que lo estaban echando de una vecindad en Tacubaya (destinada a derrumbarse en septiembre de 1985). Les habían dicho que era una especie de teporocho pepenador, uno de esos hombres barbones y desgñados que deambulan por los camellones hablando solos, cubiertos de bolsas, trapos y mugre. Pensó que podían ir a reclamarle por haberlos abandonado, por su opción de dejar de ser él mismo para volver a ser él mismo, como el mayate: volando en círculos. Una vecina michoacana, octogenaria como él, le dijo que había un lugar en donde podía ir a invadir un terreno, al sur de la ciudad, una zona de piedra volcánica —adyacente a la pirámide de Cuicuico, también cubierta por la lava del Xitle— perteneciente a la demarcación de Coyoacán; un predio ejidal donde algunas personas se estaban asentando de forma irregular. Se llamaba la colonia Ajusco.





Diálogos
(día 1)

Eréndira Cruzvillegas
Alejandra Carrillo



DAVID MIRANDA [DA]: Buenas tardes, gracias por venir. Quiero darles la bienvenida al Museo Experimental el Eco. La actividad de hoy es un complemento, una extensión, del proyecto de Abraham Cruzvillegas *Autodestrucción 2*. Quisiera darle la palabra a Abraham para que él nos explique de qué va y empezar con los diálogos. Gracias.

ABRAHAM CRUZVILLEGAS [AB]: Buenas tardes. Mi nombre es Abraham. La idea de este evento es darle sentido a este proyecto que presentamos aquí, en El Eco. Se inauguró hace más de un mes ya y, en pocas palabras, esta instalación se llama, bueno, esta escultura se llama *Autodestrucción 2*. La primera parte de este proyecto se presentó en Los Ángeles, en la galería Regen Projects en noviembre del año pasado. Antes de este proyecto *Autodestrucción* estuve durante algunos años desarrollando un proyecto que se llamó *Autoconstrucción*.

El contexto de la autoconstrucción tiene que ver con un entorno social, político y económico muy concreto, que muy probablemente todos ustedes conocen, que es cómo la gente construye sus casas sin recursos, con recursos, y a pesar de los recursos —como decía mi papá— en un contexto económico en el que no hay dinero para hacer las cosas; para tener una casa como se haría en general en una sociedad, vamos a decir, «desarrollada», en que la gente hace un

cheque, va a una agencia de bienes raíces y le entregan una propiedad lista para habitarla.

La autoconstrucción normalmente ocurre cuando la gente —como sucedió en el caso de mi familia, en el sur de la ciudad— invade un terreno y poco a poco lo van habitando de manera peculiar. Es decir, no es como una unidad habitacional en que todos los módulos son iguales, sino que cada quien lo va haciendo según su idiosincrasia, de acuerdo, sobre todo, con sus necesidades, y obviamente la autoconstrucción no tiene nada que ver con la arquitectura, porque no hay ideas de arquitectura, hay necesidades, hay ideas estéticas, lo que es muy distinto; pero no hay arquitectura, y las soluciones formales obedecen tanto a las necesidades como a los criterios educativos de la persona: cómo debe verse un baño, cómo debe verse una recámara, cuál es la idea de un espacio habitable, en fin.

Obviamente la autoconstrucción, como le llamamos en México, no es privativa de este país. No es un fenómeno exclusivo de México en un sentido etnográfico o en un sentido vernáculo, en la medida en que existe también en Hong Kong, en Brasil y en Jamaica, en la India, en Sudáfrica, y se llama de otra manera y también tiene sus contextos económicos. No es lo mismo que en México, pero es, se hermanan, vamos a decir, en la necesidad, pero sobre todo en su causa, que sería la desigual distribución de la riqueza, la falta de

acceso a la educación y otros elementos que se componen, ahí sí, en lo local.

En fin, mi proyecto *Autoconstrucción* se desarrolló según esa plataforma conceptual, pero no tratando de ilustrar ese fenómeno o esos procesos, sino usando esas dinámicas para hacer obras de arte, como es el caso de esta exposición. Hice exposiciones, desde 2007 hasta el año pasado, que se llamaron *Autoconstrucción*; hice una película en la que participó Cristian Manzutto, que está aquí; hice una obra de teatro; hice música con gente en Glasgow, y con gente en Berlín y en Oxford, es decir, el proyecto ha tomado muy diversas caras, sobre todo dependiendo de las necesidades, otra vez, de lo local.

Donde quiera que voy adapto mi discurso de *Autoconstrucción* a lo que tengo a la mano: cómo se hacen las casas «de autoconstrucción», en las que uno usa lo que hay a la mano. Alguna vez me preguntaron qué sucede después de la autoconstrucción, cuando ya la gente decía o pensaba que era como repetir el proyecto, cuando nunca repetí nada. Pero así: a manera de ironía sobre la autoconstrucción y su reiteración en mi práctica como escultor, yo les respondía que tal vez después de la autoconstrucción viene la autodestrucción. Entonces empecé a elaborar y desarrollar una idea que es consecuencia de la autoconstrucción.

La autoconstrucción, para mí, es más una alegoría de la identidad en el sentido en que uno está definiendo y construyendo su identidad, y cambiándola de manera cotidiana, y no hay nada fijo. La identidad cambia constantemente, como las casas que nunca están terminadas en la autoconstrucción. La *autodestrucción* vino a partir de pensar que, para poder ser alguien distinto mañana, tenemos que destruir al que somos hoy; entonces hay una especie de ave fénix que se empata con la idea de la identidad, donde tenemos que destruirnos para «hacer» a alguien distinto. Esta idea en la forma, para mí, tiene que ver con la demolición de la arquitectura, la arquitectura como espacio de poder, como el asiento del poder.

En la cultura occidental el elemento principal sería la catedral o el palacio de gobierno. Entonces, se trataría de ir a dinamitar, literalmente, esas estructuras, para poder elaborar un nuevo Estado, un nuevo estatus, no sólo de la sociedad sino también del ciudadano. Como una especie de declaración anarquista que no quiere ser anarquista, pero lo es de alguna manera. Entonces, la autodestrucción apela a ese contexto, pero también apela al individuo, no nada más a la sociedad como un ente abstracto, sino también como algo que está primordialmente en uno como persona.

Para estas exposiciones, la primera y la segunda de *Autodestrucción*, he usado material de demolición: materiales que sobran de una demolición para construir algo nuevo; ésa sería una alegoría que tampoco es una caricatura.

Los materiales de esta exposición vienen de una casa, donde vamos a habitar próximamente, que estoy remodelando con mi esposa, que está aquí atrás y con quien voy a tener una conversación posteriormente aquí mismo. Le pedí a los

albañiles que guardaran todo el material que ellos pensaban que podía usar para una escultura, y a ciegas lo tomé, lo traje aquí, e improvisé para hacer esta escultura. La exposición va a estar hasta finales de mayo y para cerrar el proyecto planeamos, con el curador David Miranda, hacer unos diálogos sobre la posible transformación de la sociedad, pero desde lo individual. Entonces le propuse a David organizar estos encuentros, no con expertos sobre la problemática social económica de México, sino con la gente que es más cercana a mí, mis prójimos más cercanos, que son mis familiares. Invitamos a mi hermana Eréndira, que está aquí junto a mí, a mi esposa Alejandra Carrillo, a mi madre Ángeles Fuentes y a mi hermano Jesús Cruzvillegas, para que ellos hablen de lo que saben, que saben mucho de estas problemáticas, y las han vivido en lo profesional y en lo personal, y así avizorar, probablemente, en el desastre, en el caos y en la crisis una posibilidad optimista de construir algo a partir del material de demolición.

Entonces voy a presentar a mi hermana, vamos a hablar aproximadamente una hora, vamos a tener un espacio de pausa de media hora, para después tener una conversación con Alejandra. Gracias por venir a todos y gracias a Eréndira.

Eréndira trabaja ahora en el estado de Oaxaca. Es comisionada para los derechos humanos del Estado, que tiene una oficina que no existía en el estado de Oaxaca. La creó el gobernador Gabino Cué y mi hermana asumió esa responsabilidad después de haber trabajado mucho tiempo en ONGs como defensora de los derechos humanos. Quisiera hacerle algunas preguntas, primero para que sepan quién es y después pasamos a una conversación más relajada.

AB: ¿Dónde estudiaste Eréndira?

ERÉNDIRA CRUZVILLEGAS [ER]: Bueno, pues antes que nada quiero decir algo que es para mí importante..., es la primera vez que dialogo con mi hermano sobre temas que no son estrictamente familiares. Es muy chistoso, porque tenemos ámbitos profesionales y de desarrollo totalmente disociados, pero hermanados a la vez. Es decir, muchos de sus amigos ahora son mis aliados en la defensa de derechos y de verdad aprecio esta tarde porque, además, es un remanso para mi vida cotidiana. Mi vida cotidiana es muy compleja y vasta.

Yo estudié en la UNAM, orgullosamente. Estudié Ciencias de la Comunicación, primero como una necesidad, justamente para crear una radio comunitaria. Nosotros venimos de un barrio en donde siempre quise y soñé tener una radio comunitaria desde la cual pudiéramos alfabetizar y tener a la raza siempre organizada. Después, mi realidad concreta me hizo estudiar Derecho, es decir, después de que estudié una maestría en Comunicación Política y una especialidad, todo mundo decía que estaba loca porque quería estudiar Derecho. Y era bien loco porque cuando fui a la UNAM a entrevistarme para la admisión en el SUA (Sistema

de Universidad Abierta), curiosamente el director del SUA no me recibió. El director de la facultad, que por obvia razón voy a omitir su nombre, me preguntó que a qué me dedicaba y que por qué quería estudiar Derecho, y le di mis razones, porque yo defendía los derechos humanos y siempre que litigaba tenía que pedirle a mis amigos su cédula profesional para participar en procesos penales, porque en otros órdenes, se llama el *habeas corpus* y no necesita uno tenerla. Me dijo que los defensores de derechos humanos éramos gente puramente revoltosa y que para qué estudiaba, y menos en la UNAM. Entonces no estudié en la UNAM, estudié Derecho en una escuela privada y fue por esa razón que ahora me encuentro con esa cuestión profesional de formación, aunque la vida diaria me hace aprender más que la escuela.

AB: ¿Y dónde?, podrías decir más o menos de manera breve, digo, extiéndete lo que quieras pero para poder hablar de otras cosas. ¿Dónde?, ¿qué otras cosas has hecho?, ¿en qué has trabajado antes de entrar a trabajar al gobierno de Oaxaca?

ER: Pues, desde los dieciséis años empecé a trabajar con las comunidades, en el barrio de donde somos nosotros. Ahí comencé con un comité de derechos humanos que fundamos en 1987. Después de eso fundamos la red de derechos humanos «Todos los derechos para todos», en 1991. Después me fui a El Salvador, estuve trabajando en la UCA (Universidad Centroamericana) un tiempo de voluntaria; cuando terminé la universidad estuve en un programa de los jesuitas para desplazados. Regresé y estuve trabajando de voluntaria para Alianza Cívica.

Siempre trabajé pro-bono, y después de ello entré a una organización que se llama Centro de Estudios Ecuménicos, donde aglutinamos todos los procesos de quienes veníamos de Iglesia, como en mi caso, para armar organizaciones y movimientos ciudadanos. Tuve la oportunidad de estar tres años ahí. Después me fui a una organización que se llama COPEVI (Centro Operacional de Vivienda y Movimiento), que es una organización de vivienda y organizaciones del movimiento urbano popular, y donde estuve colaborando para el programa Gestión Urbana de Naciones Humanas, el PGU, que tiene su sede en Ecuador. Después regresé y colaboré cuando ganó el PRD en la ciudad de México, que fue una lucha y una esperanza muy fuerte para muchos de nosotros, que durante muchos años trabajamos por que hubiera una transición democrática en la ciudad, y fui la directora de Participación Ciudadana en la Delegación Benito Juárez. Después me fui a estudiar a Brasil. Allí estudié un tiempo. Cuando regresé fui directora de una ONG que se llama Cencos, es el Centro Nacional de Comunicación Social. Estuve ocho años como directora; me tocó la transición entre Zedillo y Fox, todo el sexenio de Fox me tocó trabajar en esa ONG.

Fue muy interesante porque trabajé en tres cosas importantísimas: medios de comunicación, derechos humanos y democracia. Nosotros, después de los pactos que se hicieron en la transición con Fox, fuimos los únicos que aceptamos una mesa que, curiosamente, hace tres semanas, después de tantos años, logró una reforma a los medios de comunicación, fruto de todo ese esfuerzo de muchos años. Después de estar en Cencos estuve fuera del país. Tuve que salir por razones de cuidado y protección, y regresé y fui la relatora de Libertad de Expresión y de Atención a Defensores de Derechos Humanos en la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal. Después estuve, durante un tiempo muy pequeño, en la Asamblea Legislativa del Distrito Federal. Fui la secretaria técnica de la Asamblea; estuve ahí en un momento muy importante, porque fue cuando justamente se legisló a favor de los matrimonios del mismo sexo y la interrupción legal del embarazo. Y pues ahora me encuentro en Oaxaca. Ahí está, breve y rápidamente, mi currículum.

AB: Cuando digo brevemente no es necesario que acabes tan rápido. No, no, pero está muy bien, sin ironías.

En este momento creo que vale la pena dar un paso atrás y hablar de los procesos educativos. Ante todo, para mí, la idea de estos encuentros, de estos diálogos, es diseñar, improvisar (como se improvisó esta escultura); improvisar un dispositivo educativo, un dispositivo en el que quien aprende soy yo, y creo que para eso hace falta entender también los procesos en los que cada quien aprendió. De cómo tú aprendiste y a lo mejor, como diría Jean Piaget, de «cómo tú llegaste a ser tú». De algún modo es interesante la cuestión, la pregunta de por qué Eréndira y yo, habiendo crecido bajo el mismo techo y con la misma educación, de muchas maneras somos muy distintos.

Y este diálogo encierra muchas contradicciones, obviamente. Hay una parte que tiene que ver con la educación, que es el aspecto de cuando tú hablaste de tu proceso a los dieciséis años. Yo creo que hay algo previo que tiene que ver con la palabra comunidad. Tú citaste a las comunidades, «trabajé con las comunidades», me pregunto qué comunidades son esas. Digo, yo sé cuáles son, pero me gustaría que lo enunciaras porque hay un vínculo político histórico que tiene que ver con los procesos educativos y que se llama Comunidades Eclesiales de Base (CEB).

ER: Sí, bueno, nosotros, en el barrio donde nacimos, el proceso se da en una vinculación. Mi papá fue religioso, fue franciscano, y fui la única que heredé, pese a mi mamá; digo, pese a mi mamá en su momento, toda una tradición de mucho trabajo en la vida religiosa. De hecho quise ser religiosa en un momento de mi vida, y empecé en las CEB desde que tenía cero años de edad, es decir, desde siempre, porque mis papás fueron gente muy solidaria con la comunidad, de manera natural, ahí en la iglesia de donde nosotros somos.

Los jesuitas, los de la Compañía de Jesús, son gente sumamente vinculada a la teoría de la liberación, impulsaron un movimiento urbano popular muy importante en la zona del sur por la posesión de la tierra y la regularización de esos bienes que, al final del día, desafortunadamente en otros países de América Latina y en México, fue muy lento. Entonces, y además, en específico, fue importante porque éramos hijos de migrantes, es decir, gente que no teníamos tierra. De alguna manera la Iglesia tuvo un papel muy importante para aglutinar liderazgos políticos y comunitarios. Yo estuve, pues, muy vinculada desde antes de nacer y desde el seno de mi madre.

Me acuerdo que hay una canción que —me veré tal vez muy mocha pero— de la época de siempre de Semana Santa, al peregrino de Emaus. Y yo desde niña me la sabía, pero no sabía por qué me la sabía, pero es que la oía desde la panza de mi mamá. Entonces yo, desde antes de nacer, a diferencia de mis hermanos, fui muy apegada a la Iglesia. Yo sí estuve muy vinculada a la Iglesia y digamos que mi proceso educativo se da testimonialmente. Puedo decir que mis mejores maestros son mi papá y mi mamá, son dos gentes sumamente comprometidas con posiciones totalmente diferentes, pero son quienes obviamente nos siembran todo un proceso de lucha contra la injusticia.

Desde muy niña tengo muy claras las marchas del 1º de mayo, todas las cuestiones de solidaridad con mis compañeros chilenos, primero, luego con los compañeros centroamericanos y, en fin, podemos hablar de una historia setentera y ochentera de cómo se vinculó el movimiento urbano popular con los movimientos centroamericanos y sudamericanos, incluso africanos. Entonces, pues, no puedo negar ni mi historia, ni mi memoria, ni mi lucha desde entonces. Mi educación viene de una lógica de Paulo Freire, donde todos aprendemos de todos, donde todos somos parte de una lógica educativa, desde las doñas.

Tengo muchas comadres en el barrio y mis amigas queridas también ahora, cosa que tiene que ver con esa parte de lo filial, de lo cercano y de lo que implica un modelo de educación en donde todos aprendemos de todos.

AB: Hay una parte de... otra vez, abundando en el asunto educativo —es una trivía en la que no es necesario insistir mucho— pero bueno, yo estudié Pedagogía. Tengo una licenciatura en Pedagogía. Jamás diría que soy pedagogo, pero si digamos que leí, acudí a los textos a los que se referían tanto durante esos procesos sociales que yo viví, que vivimos juntos, donde se hablaba de Paulo Freire, donde se hablaba de Illich, de Le Mercier, donde se hablaba de un empoderamiento a través de la educación, pero no a través de la institución educativa necesariamente, de alguna manera, o de «desescolarizar» a la sociedad en términos de Illich. Creo que la suma, digamos contradictoria, del espectro teórico con la experiencia cotidiana, literalmente de los chingadazos, ha sido fructífera en muchos sentidos, sobre todo en el de la contradicción.

Por ahí lo que dice Eréndira de su cercanía con la Iglesia a mí me parece interesante porque es un perfil cercano a la Iglesia, pero a un tipo de Iglesia muy particular. Es la Iglesia de Méndez Arceo, de Samuel Ruiz, de Solalinde. Y por ahí me gustaría, trayendo al presente tu posición y tu educación, preguntarte cuál es tu papel ahí, digamos, cómo crees que funciona o ha sido tu participación dentro de ese espectro que es, finalmente, educativo.

ER: Pues el punto central es la necesidad, ¿no? Es decir, cualquier proceso de movilidad social y cualquier proceso de Iglesia se funda en una vinculación de las necesidades sociales y de la dicotomía entre el individuo y la comunidad. Es decir, no me imagino yo, Eréndira, sin una referencia obligada, no solamente con gente de Iglesia, sino por la propia historia de los derechos humanos.

Los derechos humanos (en el documento de 1948), y digo brevemente la historia para que comprendamos también la historia misma de quienes defendieron los derechos humanos, surge a partir de un modelo de dignidad humana y mucho se hace, se fundamenta, en los preceptos de la doctrina social de la Iglesia. De hecho, los principales pensadores de la lógica contemporánea de los derechos humanos son religiosos y religiosas, y son los que hacen saber y dan cuenta actualmente, como Pérez Esquivel, como grandes teóricos que han hecho reflexiones serias y profundas sobre los derechos humanos, sobre esta vinculación de la persona en su entorno social para transformarla, deconstruirla y reconstruirla. Es decir, cómo lo que origina la falta o la ausencia de dignidad humana, o la aparente ausencia de Dios, que es el *kairós*, le llaman así, es lo que nos está obligando, Dios, a construir su presencia, es decir, no es que no esté Dios, sino es que Dios nos obliga a construir eso.

Pero me estoy viendo bien teológica, aunque tiene que ver con la construcción simbólica de la defensa de los derechos humanos, y es ahí donde yo me he sentido siempre acompañada desde muy joven. En efecto, en nuestras comunidades de base estábamos en, me acuerdo yo, en grandes eventos, y eventos que en lo personal marcaron mi vida para defenderlos. Es decir, sucedió un hecho con mi hermano, precisamente hace dos días estaba registrando qué fue lo que más me había indignado para poder construir, y fue una situación muy violenta que mi hermano vivió en su momento con una de sus compañeras, y que nos hizo organizarnos como comunidad para poder defendernos de la policía, porque llegaban y hacían cosas en la comunidad y eso es lo que nos indignaba. Y este punto de la indignación es el que ahora sigue estando vigente para poder transformar la realidad. Si no nos seguimos indignando, si no seguimos interpelando eso que no es natural, o sea, no es natural que la gente sea pobre, no es natural que se mueran miles de personas en el combate al narcotráfico, no es natural la impunidad, entonces no podemos ser cómplices de esto.

Y la Iglesia, que es la Iglesia de los pobres, por la cual yo he crecido y he estado, es la que ha estado presente. Yo

ahora diría que se murió el *Tatic* Samuel, ya se murió don Sergio Méndez, el obispo rojo, ahora sólo tenemos muy pocos profetas en la Iglesia mexicana. Está obviamente don Raúl Vera, en Coahuila, luchando por los migrantes, y hay otro profeta que no es obispo pero que también es un gran amigo y querido compañero, y mi confidente: Alejandro Solalinde. Sin ellos, por supuesto, yo no me siento acompañada en una serie de tareas y conflictos que de manera cotidiana me toca entender y atender, y también de mi gran comunidad.

Es decir, tengo otros amigos y amigas, hermanos, hermanas, aquí también presentes, que no son mis hermanos filiales pero que lo son siempre en comunidad. Es decir, nunca actúo si no hago o construyo desde mi comunidad, ésa es la lección más fuerte y el aprendizaje para construir y transformar una realidad desde la perspectiva de los derechos humanos.

AB: Hay alguien, justo ahora que hablabas de estas personas a las que tu llamas profetas, que me viene inmediatamente a la cabeza, y que creo que también es una persona importantísima, al menos en el contexto local, y que tiene que ver con otros asuntos a los que voy a acudir con esta pregunta o con este planteamiento, que es la comunicación y los medios. Hablo de don Miguel Concha, dominico, no jesuita, pero que también, desde los medios impresos, ha participado de manera activa en una proliferación, no de la indignación, sino de la conciencia y del acceso a la información. Y por ahí yo siento que, curiosamente, fue en la Ibero—donde son jesuitas— que se suscitó el movimiento de los muchachos del #Yosoy132 que, sobre todo, al menos en mi percepción, tal vez me equivoco, significaba pelear por el acceso a la información.

Tú, en tu experiencia y sobre todo en Cencos, ¿cómo describirías el panorama contemporáneo? Para usar un término que también tiene que ver con la religión, ¿de qué manera plantear la posible reconstrucción de algo que se llama Estado a partir de las ruinas, en un Estado apocalíptico?

ER: Pues, además, donde estamos todos integrados. Bueno, decir que uno de mis puntos fundamentales en la defensa de los derechos humanos ha sido no sólo la visibilización de aquellas acciones que están transformando la realidad, creo que el acallar o hacer cercos informativos implica esta cuestión que ha generado que los monopolios de los medios de comunicación construyan y deconstruyan la realidad. Es decir, matan lo que teóricamente se llama la agenda o *setting*, que tiene que ver con las construcciones desde lo que platicamos, lo que consumimos, qué decimos, cómo pensamos qué o qué no enjuicamos; creo que lo más grave en una sociedad contemporánea es que ya hasta se litigue en medios.

El juego de los medios de comunicación es gravísimo porque ahora, incluso, quieren sustituir las acciones de orden judicial o de orden jurisdiccional que le corresponde totalmente a los espacios de procuración e impartición

de justicia, y ahora resulta que los grandes sancionadores, los grandes generadores de esas sanciones, son los medios de comunicación. Ahí es donde me parece que está el centro del debate en la actualidad, y me parece que no debemos olvidarlo.

Desde los años sesenta hay un proceso que se vincula a Cencos, que es donde yo estuve como directora, y se vincula a los grandes movimientos sociales que siempre estuvieron luchando por tener estos espacios en los medios de comunicación. En México el presidente actual tiene una vinculación formal con un medio específico, incluso su pareja en forma es una actriz que viene de un monopolio televisivo. Jenaro Villamil, y mucha gente, ha hecho varios análisis muy interesantes sobre el papel de los medios de comunicación en las construcciones del sistema político mexicano, apuntando que son casi el cuarto poder y explicando la manera en que actúan. Sin embargo, creo que tendríamos que tener una reflexión más de fondo, incluso tiene que ver con la actualización de las telecomunicaciones.

Curiosamente, los nichos actuales de oportunidad para la convivencia juvenil, por ejemplo, o de la construcción de nuevas ideas, se ven en las redes sociales, y es ahí donde me parece que también tendríamos que ir avanzando y accediendo, porque yo que convivo con comunidades indígenas, pues desafortunadamente los chavos y las chavas tienen un abismo informativo. Cuando vengo a la ciudad y convivo con mis sobrinos o con los chavos acá, con los de los barrios, tienen otro tipo de acceso a la información, totalmente diferente a la lógica de las comunidades indígenas donde ni siquiera hay luz; donde la pila es, digamos, para alumbrar un poco las necesidades básicas.

Estamos hablando de dos realidades y de dos situaciones gravísimas que tienen que ver con la polarización económica, y con esto que está generando el neoliberalismo, donde además lo más grave es que los derechos son sustituidos por mercancías. Es decir, la gente no está luchando por un derecho o no lo observa como una necesidad que tiene que ser satisfecha no sólo por el Estado, sino por otros instrumentos donde todavía nos hace falta avanzar para obligar a las empresas a que sean responsables, no sólo de esta onda *naïf* de empresa socialmente responsable, sino responsables de sus actos, por la depredación y todo este tipo de cosas medioambientales o de monopolios. También en ese ámbito quisiera decir que, para mí, es un tema toral en la defensa de los derechos humanos. En la actualidad esto tiene que ver fundamentalmente con la posibilidad de que a los empresarios se les castigue, se sancione a aquellas personas que están succionando la riqueza de los pobres.

Yo veo cómo llegan las empresas españolas, o las empresas finlandesas, o canadienses a llevarse la minería, a llevarse las industrias eólicas, y sin reglas de juego. Es decir, en una cancha donde no hay árbitro y donde llegan y depredan, y le dan mil pesos al mes a los indígenas por rentarles sus terrenos. Eso a mí me parece una vulgaridad, y lo digo porque estas empresas están vinculadas a las

empresas de medios de comunicación, es decir, los grandes empresarios de los medios de comunicación tienen tentáculos en muchas empresas y cada día son más rapaces.

Digo, no es menor la lista de *Forbes*, nada más revisemos quiénes son los grandes millonarios del mundo que están vinculados de manera directa a las industrias de telefonía o de fibras ópticas, o de telecomunicaciones, y tiene que ver absolutamente con esta cuestión de los controles y mecanismos sociales que vivimos en la actualidad. Me parece que en Naciones Unidas y en el Sistema Interamericano de Defensa de Derechos Humanos no han tenido los tamaños suficientes para decir que también son sancionables. No es sólo responsabilidad del Estado, también lo es de las empresas. Generemos mecanismos de sanción no sólo morales o de castigo que los consumidores pudiéramos seguir no consumiendo, sino también formales. Entonces es ahí donde se une este debate y estas cuestiones que me parece que tendríamos que ir avanzando como sociedad. También donde la rapacidad ya no puede seguir porque, por encima de las personas, ahora están las mercancías.

AB: Hay algo ahí, justamente en lo que acabas de describir, que lo anunciaba ni tan ingenua ni tan novedosamente Lyotard en *La condición postmoderna*, cuando decía que quien tiene realmente el poder no son los gobernantes ni los representantes de los Estados, sino los propietarios de los medios. Y por ahí hay algo que me interesa, por eso hablaba de don Miguel Concha.

En tu experiencia concreta sobre la defensa de los derechos de los periodistas, al hablar del derecho de información, del acceso a la información de una manera crítica, ¿qué pasa en este país, que es dónde más periodistas mueren al año, más que en Pakistán, más que en cualquier otro lugar del mundo? ¿Por qué pasa eso en México?

ER: Bueno, sin duda el tema, que es otro tema que me ha tocado atender directamente, tiene que ver, de manera fundamental, con los procesos de construcción de poder y con el poder ahora vinculado con otros órdenes no oficiales sino fácticos. Es decir, los poderes fácticos en México tienen una construcción donde, por ejemplo en Durango, no es siquiera el gobierno, sino el grupo que controla el territorio, el cártel formalmente, el que hace el boletín de prensa y dice qué sí sale y qué no sale. Incluso ha dado cuenta, sobre todo la revista *Proceso*, de las grandes gravedades que se callan en los medios de comunicación.

Ahora resulta que hay un protocolo de los medios de comunicación, que hicieron los grandes empresarios justamente para silenciar la divulgación de los descabezados, los descuartizados. Y en parte hay una razón ética y lógica, pero es gravísima, porque silencian. Yo creo que aquí hay un tema, más allá de idealizar también a los periodistas, porque somos humanos y los humanos también tenemos de todo, ¿no? Es decir, hay prensa que también cobra, que tienen una cuota; por ejemplo, recuerdo a don Manuel

Buendía, que me sorprendía que era un buen periodista, o don Miguel Ángel Granados Chapa, porque también es un gran personaje de la vida de la libertad de expresión; ellos decían que el silencio de un periodista en el norte tenía sus costos. ¿Cuánto costaba el silencio en el norte?, ¿cuánto costaba en el sur?, ¿cuánto en el centro? Incluso porque decía, ¿cómo puedes acallar?; me acuerdo de Blancornelas, el director del periódico *Zeta* de Tijuana; cuando yo lo conocí era impresionante, porque decía: «¿Cómo puedes sensibilizar a tus hermanos periodistas cuando van a lavar el carro y se encuentran a las personas que los afectan?, ¿o van a la escuela y en la misma escuela ven a los niños de los que también son los que están cuestionando?». Decía Blancornelas que era impresionante toda la cuestión del silencio, y eso es lo grave.

Creo que más allá de la numeralia, de cuántos sí han muerto y no han muerto, el silencio, la espiral del silencio que genera esto, es decir, que se silencie que se acalle. Cuando fui relatora de periodistas decía que si algo le pasaba a los periodistas nos lo hacían a nosotros —a todos—, porque al final ellos son nuestros mensajeros de información, ellos son los que hacen que tengamos acceso al saber y entonces sí, como en Argentina ¿no? Le pasa algo a algún líder del movimiento social y entonces si le hacen algo a ellos, nos lo hacen a nosotros, y había una gran movilidad social. Aquí, en México, no hay esa cultura; la gente tiene miedo, los pocos que estamos metidos en estos temas también hemos tenido que correr riesgos muy graves, porque entonces somos *los revoltosos*, *los incómodos*.

En lo personal, aunque soy servidora pública, hoy día soy sumamente incómoda. Por supuesto que no le gusta a la gente que les diga sus verdades y que les ponga límites, y que señale incluso a los propios periodistas. Me daba mucha risa porque curiosamente ahora que estoy de servidora pública en Oaxaca, mis hermanos están haciendo una cosa que se llama «Erenotas», que hacen que mi mamá se azote mucho. Ya aprendí a tener la piel más gruesa, pero de cosas hasta de agravio, de infundio, porque también la prensa hace infundios. O te discrimina porque eres mujer, y entonces eres mujer y estás en ese cargo porque te acostaste con alguien, porque eres la amante de no sé quién. ¡Ah, bueno! y, ¿por qué no? Entonces eres también la lesbiana, eres la chilanga, eres la fea.

Creo que la prensa debe tener una responsabilidad social. No me parece justo, efectivamente, que haya un proceso de silenciamiento; tampoco me parece justo que no haya todavía las instituciones adecuadas pese a que luchamos —digo luchamos porque me tocó luchar para que hubiera espacios judiciales en la procuraduría, hubiera sentencias positivas pese a la situación tan grave que vivió Lidia Cacho con el rollo de los pederastas, que la Suprema Corte de Justicia desempeñó un papel terriblemente obsoleto ante un tema tan grave como ése—. Sin embargo, también debemos ser críticos y decir que la prensa no debe ser vendida, y que la prensa también debe aprender a ser responsable.

Y por eso también tenemos que dignificar a los mensajeros, es decir, los mensajeros tienen que tener también salarios dignos, no ganar mil pesos al mes como lo que ganan los periodistas en Oaxaca, por ejemplo. Y que por eso hacen esas cosas, porque si uno no les da dinero pues entonces agravian, entonces es todo un sistema que tiene que dignificar no sólo a los periodistas, a los policías, a los militares, a toda la gente que ofrece servicios de seguridad y de este orden, del ámbito de servicios que implica la dignificación también de su labor.

Un día que me tocó estar en Sudáfrica y comentábamos —estaban impresionados—, me decían: «Oye, ni en Afganistán ni en Irán ni en... qué les gusta, ni en las peores guerras del Golfo había tantos muertos como había en México; no sólo de personas en general, sino de periodistas». Me acuerdo que hace diez años, y con esto cierro esta parte, comentábamos con unos amigos que México iba hacia la colombianización. Hay testimonio de que dijimos: «¡Aguas!, México se está colombianizando, ¡aguas!». Porque el termómetro de una democracia son los medios de comunicación y los derechos humanos. Y si en los medios hay silencio, algo está sucediendo; si hay agravios a los derechos humanos, algo está pasando que esa democracia no está funcionando, entonces tenemos que ser muy hábiles. Creo que, como ciudadanos, porque somos la ciudadanía y en nuestras manos está justamente resignificar, reconstruir y deconstruir esos espacios porque son nuestros.

AB: Hay algo que dice John Gibler en su libro *Morir en México*, tú conoces bien a John Gibler; él vivió de cerca todo el proceso de Oaxaca, bueno, uno de los procesos de Oaxaca (porque Oaxaca es como una síntesis del país, desde mi perspectiva; así como es tan rico en cultura, en gastronomía, en generosidad, es al mismo tiempo de los más conflictivos, de los más corruptos, de los más violentos, y pareciera que es como propiedad suya, como que es una... es algo propio de Oaxaca). Pero bueno, Gibler vivió eso y escribió un libro que se llama *Morir en México*, donde hace simplemente una descripción del estado de las cosas en el país, principalmente de su experiencia en Oaxaca.

Por cierto, en Oaxaca murió un periodista internacional en la refriega del conflicto contra Ulises Ruiz. A mí me interesa pasar del tema de la defensa del acceso a la información y de la defensa de los periodistas a la defensa de los defensores de los derechos humanos, que siento que es un tema poco dialogado en México y que es cada vez más necesario referirlo en la medida en que también es nuestro derecho defender los derechos humanos; es nuestro derecho a tener acceso a la información, pero en la medida en que lo hacemos efectivo corremos riesgos, y es el caso de los defensores de los derechos humanos, cuyas vidas se están tomando también de manera impune.

ER: Sí, creo que son dos cosas. Una es Oaxaca y otra los defensores. Todos y todas somos defensores de derechos humanos

en la medida en que somos conscientes de que algo está mal, de que algo tiene que cambiar y de que estamos haciendo algo para hacerlo. Es decir, no sólo es como dijeran las feministas, enunciarlo o visibilizarlo, sino también hacerlo. Y creo que desde ahí todavía falta mucho en México, de comprender algo porque siempre ha sido incómodo, y siempre pongo el dicho de que en México venimos como de la tele de blanco y negro, de bulbos, como la que teníamos, ¿te acuerdas?, cuando éramos chiquitos, y que le teníamos que pegar para que funcionara.

Venimos de una tele en blanco y negro, donde es bueno y malo, a una tele donde ahora ya hay hasta tercera dimensión; ya tenemos que ponernos lentes para ver 3D. Así es, pero todavía tenemos esta concepción muy banal, muy *naïf* sobre lo bueno y lo malo, sobre lo que es bueno y lo que es malo para la sociedad, y aquello que suele cuestionar o poner el dedo en la llaga es incómodo socialmente; es sumamente incómodo. o porque no entendemos lo que se está haciendo, entonces lo satanizamos. Si no entiendo o no lo hago, entonces digo que está mal hecho o lo demerito, ¿no? Es decir, si no soy protagonista de eso entonces el otro es un pendejo, el otro es un güey, el otro... yo soy el chingón siempre.

Tenemos esa cultura todavía mexicana, muy mexicana, donde demeritamos lo otro, no lo conocemos, es desconocido, lo censuramos. Eso pasa. Es decir, la gente que defendemos los derechos humanos ha tenido y ha costado vidas. Me acuerdo muy bien de Digna Ochoa, por ejemplo, aquí en la ciudad de México. Una compañera que más allá de cualquier situación de otro orden sí dio su vida por quienes defendía, y la verdad a la fecha no es posible que eso fuera hace diez años y todavía sigue el litigio sobre si se suicidó o la mataron.

AB: Una «pausísima», que es para quien no sepa quién fue Digna Ochoa. Fue defensora de los derechos humanos, religiosa, y estaba defendiendo el caso de los campesinos ecologistas de Guerrero, quienes defendían su producción contra la producción industrial y la distribución desafortunada de una sociedad que se llama postindustrial. Sobre su muerte incluso llegaron a comentar que se debió a un crimen pasional.

ER: Sí, porque estaba chateando con una persona en el Facebook. Es muy grosero —para quienes la atacaban—, muy ofensivo, que a la fecha todavía alguien se atreva a cuestionar la forma en que fue muerta, la forma como la ultimaron y le dieron, pues, ese tiro de gracia. Y, como de ella, podemos narrar sobre mucha gente que es invisible. Es decir, hay mucha gente que lucha por sus derechos, la doña de barrio, el don de la comunidad, los jóvenes que en su comunidad están luchando por la carretera y que por ello se vuelven incómodos, o sea, son los que, como no los entendemos o atentan contra un interés particular, la gente se ofende por su actuación.

Por eso creo que el Estado todavía tiene que ir más allá y tiene que ser más responsable en el tema de las libertades y del respeto pero, sobre todo, de sensibilidad para todos. Es decir, si también los demás sancionamos pues de nada nos sirve que el Estado sancione, si nosotros también tachamos a los otros de que su función no sirve. Entonces yo vuelvo a insistir en que si no asumimos nuestra labor o nuestro papel, como dijera doña Hina Jilani, quien fue la primera relatora de defensores y defensoras... y qué curioso, fíjense que la Declaración Universal para Defensores y Defensoras de Derechos Humanos apenas se dio hace tres años en Naciones Unidas y hace dos años la de pueblos indígenas, y en 1948 fue la primera. Entonces, imagínense cómo vamos atrasados en temas tan interesantes en materia de derechos humanos cuando hace apenas tres años estamos diciendo que los defensores tienen derechos y, además, hace dos diciendo que los indígenas tienen derechos, es una cosa absurda.

Decir «pues aquí voy a Oaxaca», cuando todavía Oaxaca es un estado con 570 municipios, de las 69 etnias reconocidas formalmente como pueblos indios en México, 67%, casi 70%, está en Oaxaca; tenemos una gran diversidad cultural y donde de esos 570 municipios, 480 están regidos por usos y costumbres, que son sistemas normativos internos en los que también, de manera muy deliberada, los gobiernos anteriores habían generado mecanismos de control y de impunidad y que, en aras también de esa parte de sometimiento, de sobajamiento, pues hicieron cosas muy negativas que tienen que ver con sistemas que determinan el control de las comunidades. Como no se entiende la lengua indígena han tenido que invertir mucho para poder generar mecanismos de control de los pueblos.

Quisiera decir que para mí ha sido una gran lección estar en Oaxaca, una gran lección de vida, una gran lección de persona, pero sobre todo descubrir que la maldad existe. Pensaba en la maldad, pero decía «bueno es malo y se roba el dinero, y se va a vivir a Irlanda, y así, pero...», y ahora vive en casa de sus hijos, ¿no?, en Yucatán y sin pedos, ¿no? Pero la maldad es la maldad, es decir, es muy tremendo descubrir lo bueno y lo malo a la vez, lo viejo y lo nuevo a la vez, lo muy chingón, lo interesantemente lindo de un pueblo indígena que tiene una tradición milenaria y lo pedestre que puede ser ese pueblo que vende a sus hijas; eso no tiene nombre, y entonces pues te quedas como en términos de la ira que puede generar eso, de lo profundamente transformador que puede ser la ira; es decir, no sólo quedarte con ese coraje y decir, «no es posible que exista, no es posible que esta gente esté tan enferma y que lo haga por un peso o por dos pesos». Eso es lo más grave. Volvemos al tema de la mercancía, el mercado, el dinero y el poder, y eso a mí me ha motivado mucho, no sólo para seguir luchando y trabajando, y dedicarme de verdad a eso, sino también para descubrir nuevas formas de participación. Me ha ayudado mucho a entender a las mujeres indígenas, muchísimo. Es otro mundo, otra realidad, aunque seamos mujeres, tienen

otra concepción simbólica de su propia persona, de sus necesidades. Nuestras necesidades no son sus necesidades y, sobre todo, escuchar a la gente, creo que la gente no es escuchada; no escuchamos a la gente; no nos escuchamos y entonces, cuando la gente se siente escuchada, sólo por ese hecho, cambia, y eso es bien interesante. Otro tema que he aprendido en Oaxaca es a dialogar, no sólo escuchar, sino aprender, como dijera Freire, vuelvo a Freire y a esas antinomias gramscianas de poder, pero que en su propia contradicción está su solución. Es muy interesante. Yo vengo más que adiestrada para el conflicto, porque son, en nuestra lógica occidental, conflictos. En su lógica no son conflictos; en nuestra lógica son problemas, en su lógica son formas de convivencia; en nuestra lógica es violencia, en su lógica es justicia. Entonces, hígole, es todo un aprendizaje, todo una reflexión, y descubrir que en México hay muchos Méxicos.

AB: ¿Qué dirías?, para concluir, porque estamos casi a punto. Mi pregunta va o viene de lo que acabas de mencionar, esto que se llama intolerancia y que desgraciadamente en México somos un pueblo muy intolerante, no sólo con los indígenas. Tal vez nos tenemos miedo a nosotros mismos y al mismo tiempo nos da pánico transformarnos y destruir lo que somos para poder ser algo el día siguiente. En lo personal creo que hay factores incisivos en el tema, como son la intolerancia y la falta de educación. ¿Cómo cerrarías tú, o que más quieres decir, si quieres, sobre eso o sobre lo que tú quieras mencionar? Puedes hablar de lo que tú quieras.

ER: Creo que para mí como persona y desde mi ubicación, primero como tu hermana, porque no quiero verme mocha ni tiene que ver con lo de ser «la mocha de la familia», es poner atención en la familia. Creo que un punto fundante de una sociedad transformadora es la familia, las familias, el núcleo básico donde tú convives, porque es ahí donde aprendes todas tus cargas simbólicas más allá de la escuela. Allí aprendes, convives con tu barrio, con tu raza, con tu gente, con tu familia, con tus tíos, con tus carnales, con tus amigos, con tus amigas, con quien te empedas y con todos con los que cotidianamente convives, y ésa es la parte que para mí es la educación. Por eso es profundamente transformador si uno aprende a vivir en comunidad, porque la convivencia en comunidad no tiene que ver con que somos de una etnia, de un barrio, sino que hay también lugares, y eso hace también nuevas formas de comunidad.

Pero sí tenemos que construir comunidad, porque si tenemos ese tejido social de apoyo, de convivencia, de diálogo, de apoyo, las cosas cambian. Por eso también las comunidades indígenas han seguido en resistencia, porque continúan muy estrechamente vinculadas y muy hermanadas, y para mí ésa es la parte más profundamente importante de un México como el que vivimos, porque es lo que ha hecho que México también resista. Es decir, esta parte

del tejido social y del tejido humano, y familiar, y de aquel donde los abuelitos crían a los niños, donde..., etcétera. Esta parte de la feminización de la mano de obra también es muy importante e interesante, porque el papel de los hombres tiene otro rol también ya, en fin, no sólo en lo rural, sino también en lo urbano. Y entonces todas estas cuestiones que han salido trastocando y transformando se sostienen y se dan, si es que se fomenta un tejido social favorable para generar códigos también favorables. Es decir, mecanismos favorables para transformar su realidad, y tiene que ver, efectivamente, con la educación. Es una educación que no es formal, es popular, es profundamente cercana, que nos permite descubrirnos como humanos y humanas, y entonces desde ahí te comprometes con el otro y contigo mismo. Si hacemos eso, este país va a cambiar. También creo, y de verdad por eso apuesto y por eso soy bien terca, terca, terca, que más allá de rollo y más allá de cualquier otra cuestión de una acción que se pueda decir transformadora, son nuestros actos cotidianos.

Si nuestros actos cotidianos no se modifican, las otras cosas no se van a revolucionar, desde lo que comemos, cómo lo comemos, desde qué depredamos y la verdad es que es muy impresionante, ahora que está lloviendo mucho, uno ve a las comunidades indígenas, uno ve lo verde, ve también lo áspero, como en la mixteca.

Pero a lo que quiero llegar es que si seguimos con la lógica de depredación, la depredación tiene que ver con nuestro individualismo y con nuestra lógica profundamente egoísta y soberbia como humanos, que pensamos que somos el centro de todo, y no es cierto. No somos el centro de todo. Si nos colocamos de manera diferente, si nos miramos diferente, la vida va a cambiar y las cosas van a cambiar, porque vamos a ser lo suficientemente humildes, lo suficientemente autocríticos, y vamos a reírnos de la vida y de nuestros errores para ser mejores. Entonces ahí las cosas van a cambiar.

Quiero decir también, por último, que nosotros tenemos el país que tenemos porque lo permitimos, porque nos es cómodo echarle la culpa al otro y decir: el otro es un güey, yo soy el chingón, y entonces tú eres un pendejo, nadie hace lo que tiene que hacer para hacer las cosas que deben cambiar; y los pocos que estamos en esto, pues nos madrean, y los otros no nos defienden, nos dejan solos.

Yo me acuerdo que una vez hace muchos años estaba en una comunidad y le comenté a mi mamá, yo tenía como

16 años y fui a Chiapas de misiones y eso definió mi vida, definió qué quería hacer, entre otras cosas, quería ser monja por eso. Entonces fui a esa comunidad y los niños no tenían qué comer, la mamá le daba de tomar té de limón a los niños porque no tenía comida, no tenía ni frijol ni maíz, nada había en la comunidad porque había pasado el huracán «Mitch», y no había qué comer. Entonces la gente tenía sólo eso, y los niños a veces se comían los orines de los cabritos porque no tenían ni siquiera agua potable para tomar. Y le dije a la gente de la comunidad, porque había una persona que era maestro y era médico, era todo, un señor realmente impresionante, le dije: «¿Usted por qué está aquí, o qué le hace estar aquí?» Y dice: «Es que debemos juntarnos, a una varita la rompen fácilmente. Si juntamos muchas varitas no se rompen y yo eso quiero, que en esta comunidad se junten muchas varitas para que no se rompa». Eso para mí es mi mejor lección de vida.

AB: Muchas gracias Eréndira y pues vamos a hacer una pausita y ahorita seguimos con la siguiente conversación, en 20 minutos.

ER: Yo quiero agradecer. Bueno, yo quiero decir que muchas veces quienes son artistas plásticos o quienes son... a mí me da hueva y quiero ser muy clara, y me da hueva el *fashion*, la farándula y que sus chingaditas cosas de hacer eventitos y eso, yo soy más práctica. Para mí la vida son chingadazos, para mí la vida ha sido meterme con la gente y muchas veces las artes visuales, la gente que está en el medio artístico o en los medios de este orden, que son muy elitistas, pocas veces se meten a discutir o a comprometerse.

En Oaxaca estamos haciendo una cosa muy linda con el maestro Toledo que se llama *bordando por tus derechos*, y es un proyecto que estamos haciendo con puras viudas de conflictos armados agrarios, porque queremos que ya no dependan del gobierno, sino que dependan de sí. Y son grandes bordadoras. El vestido que traigo tiene ese significado para mí. Son ellas, y entonces ellas están haciendo este proyecto que ayuda mucho. Está el Dr. Lakra, Demián Flores, varios oaxaqueños y también invitamos a mi hermano; también falta que vaya porque él no estaba acá, que ellos vayan con las artistas, porque ellas también son artistas, y ellas están aprendiendo sobre sus derechos y los están bordando. ↓



ABRAHAM CRUZVILLEGAS [AB]: Vamos a retomar el evento de hoy con una conversación con Alejandra Carrillo, que es mi esposa. Bueno, primero que nada, ¿a qué te dedicas?

ALEJANDRA CARRILLO [AL]: A ser mamá, pero además trabajo en el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, ACNUR, que es una agencia de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) que trabaja con refugiados y otras personas con necesidades de protección internacional. Soy oficial de Protección en esa oficina y trabajo para que en México haya una política pública para proteger a los refugiados; para que haya un marco legal que prevea el derecho de asilo y la protección a los refugiados, a las personas apátridas, a los solicitantes de asilo y a los beneficiarios de protección complementaria.

Luego ya podemos entrar en detalle sobre quiénes son esas personas pero, en fin, digamos que son perseguidos que vienen a México donde debe haber un sistema que los proteja y los identifique, y que esas personas puedan hacer su vida de nuevo en México.

AB: ¿Qué estudiaste?

AL: Estudié Derecho en la Universidad Iberoamericana, plantel Santa Fé; después estudié una maestría en Derecho Inter-

nacional Público en la universidad Panthéon Assas (París II), una maestría en Ciencias Sociales en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, también en París, y un doctorado en Ciencias Sociales en esa misma universidad.

AB: ¿Cuál era la especialidad de tu doctorado?

AL: Las tesis de maestría y de doctorado son sobre el mismo tema: refugiados. La tesis de maestría de Derecho Internacional Público fue sobre una mejora al marco jurídico en materia de asilo en México y la tesis de maestría en Ciencias Sociales fue sobre la estación migratoria de Iztapalapa.

En México, los extranjeros que llegan de manera irregular, si identifican que no tienen la documentación debida (visa o permiso para estar en México), son detenidos y los trasladan a estaciones migratorias, que son centros de detención. Mi tesis fue sobre eso: sobre la estación migratoria y sobre la idea del tránsito; no sólo tránsito en términos espaciales, sino también en lo jurídico y en lo vivencial. La tesis también se refiere a cómo la institución del asilo es utilizada como una estrategia por los migrantes para salir del encierro.

Y la tesis del doctorado —que no he terminado, por cierto— trata sobre México como país de tránsito, la idea de la transmigración. Digamos que partí de la tesis de

maestría sobre la estación migratoria como espacio de tránsito, al análisis de México como país de tránsito. Ahí también veo todos estos aspectos de la protección del asilo y el tránsito en lo jurídico, y qué significa recorrer de manera irregular este país. Ustedes saben, en las noticias desafortunadamente sale cada vez más seguido todo lo que tienen que sufrir los migrantes. Hace unos días salió lo que sucedió en Veracruz, pero pasa de manera cotidiana. No siempre la prensa lo reporta, pero los abusos a los migrantes suceden cotidianamente. El tránsito por México implica un montón de situaciones (de seguridad, jurídicas, vivenciales, etc.) y de eso trata la tesis de doctorado.

AB: Antes de entrar en ese montón de situaciones que efectivamente ocurren, en la medida en que yo he estado cerca del proceso de Alejandra, en su trabajo y en esta última parte de su proceso educativo, me gustaría hablar de cosas muy concretas; quisiera poner en contexto para hablar todos de lo mismo, o sea, que todos comprendamos de qué estamos hablando.

A grandes rasgos, ¿es posible decir quién es un refugiado? Hay una parte introductoria que creo necesaria, en términos históricos, sobre qué es el asilo y, sobre ya no solamente como una institución o una forma jurídica, sino también qué es al asilo en México, qué ha sido.

AL: Un refugiado es un perseguido, una persona que viene huyendo de su país por distintos motivos. Puede ser que sea perseguido por motivos políticos, religiosos, étnicos, por su nacionalidad, por pertenencia a determinado grupo social, por su género; es una persona extranjera que viene a este país, o va a cualquier otro, que cruza una frontera y está siendo perseguida y solicita protección, solicita asilo.

Y el asilo es esta protección que se le brinda a los refugiados, y también a las personas que no tienen patria, por ejemplo. El asilo es la protección que se ha dado desde tiempos inmemoriales. Digo, la Iglesia, por ejemplo, es una institución importante que dio asilo; en todas las culturas ha existido la figura del asilo. No fue sino hasta la década de los cuarenta cuando la comunidad internacional se puso de acuerdo en la importancia de este derecho humano, porque es importantísimo señalar que es un derecho humano. Todo ser humano tiene derecho al asilo. Toda persona que se sienta perseguida por algún motivo tiene el derecho humano a solicitar protección en otro país. No son los Estados los que tienen el derecho a brindar protección, sino es el individuo. Todo individuo tiene el derecho a recibir esa protección.

Y fue entonces, en la década de los años cuarenta, que la comunidad internacional lo plasmó en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, y desde entonces se considera que es un derecho humano el derecho al asilo. Muy tarde en la historia, pero no quiere decir que nada más en ese momento surgió el asilo. Obviamente ya todas las culturas, y en la historia, ha existido. Pero bueno, ahí lo plasmaron.

En México ha sido una larga tradición y de hecho el gobierno, el Estado mexicano, se jacta de tener una larga tradición de asilo. Es cierto en parte y es mentira por otro lado. Sí es cierto que a México han llegado pueblos perseguidos y han tenido protección. Pensemos en los españoles que vinieron huyendo de la Guerra Civil, pensemos también en el nazismo y lo que ocasionó, cuando también llegaron refugiados aquí de Europa del Este.

En fin, en toda la historia de México ha habido grupos a los que México les ha abierto las puertas. Creo que es importante ver un quiebre fundamental que nos va a llevar a cuál es la situación actual del asilo, que fue en la década de los años ochenta, con los guatemaltecos y otros centroamericanos.

Cuando pensamos en asilados en México pensamos en esos españoles que fundaron El Colegio de México; en intelectuales, en grandes personalidades a quienes México les abrió la puerta; hicieron su vida aquí y digamos que eran asilados de primera categoría; pero en los años setenta, con los conflictos en Centroamérica, llegaron a México otro tipo de refugiados, de asilados; un perfil totalmente distinto, y ahí sí México se encontró con una serie de conflictos sobre todo con la llegada de más de 80,000 guatemaltecos a la frontera sur del país. Porque ya no llegaba el intelectual español, sino que estaba llegando un indígena igual de jodido o más jodido que los indígenas del sur del país, y a éstos, México no sabía cómo protegerlos, o no quería protegerlos.

A los intelectuales españoles sí les dieron las herramientas para que hicieran su vida en México, pero cuando llegaron esos miles de guatemaltecos huyendo literalmente de las armas, la primera reacción del Estado fue devolverlos. Por eso cuando digo que el gobierno mexicano se jacta de tener una larga tradición de asilo digo que sí y no, porque la primera reacción fue que el ejército mexicano devolviera a los guatemaltecos a su país, y se murieron porque obviamente el ejército guatemalteco estaba esperándolos con armas del otro lado de la frontera. Ahí fue cuando empezó la comunidad internacional a presionar a México y decirle: «Bueno, si tú quieres defender los derechos humanos, quieres proteger a los extranjeros, pero entre los extranjeros hay intelectuales y hay indígenas, hay de todo». Justo entonces fue cuando llegó la oficina en la que yo trabajo, el ACNUR, a México, en 1983. Y no nada más fue la comunidad internacional, también estaba ahí la sociedad civil en México.

Pienso en Sergio Aguayo, que fue una persona importante en ese momento, pero también en la sociedad civil. Por ejemplo, la colonia de Abraham fue importante para recibir a refugiados centroamericanos, muchos salvadoreños. Sí, porque mucho se habla de los guatemaltecos que llegaron a la frontera sur de México, porque llegaron 80,000 guatemaltecos en un par de años, pero también a la ciudad de México llegaron los que se denominan refugiados urbanos, y llegaron sobre todo salvadoreños a México. Entonces

ahí fue el quiebre, cuando la comunidad internacional y la sociedad civil hicieron presión para que México también protegiera a esos extranjeros que venían huyendo.

Fue entonces que se cambió la legislación, porque anteriormente en México sólo se tenía previsto el asilo político, brindar asilo a los perseguidos políticos. Ahí es donde se enmarcaban todos estos españoles, por ejemplo, que venían huyendo de la Guerra Civil. Pero estos guatemaltecos que venían huyendo no eran, no venían perseguidos por motivos estrictamente políticos. Eran más bien blanco de persecución por motivos étnicos, por motivos religiosos, pero no era tan claro, era otro perfil, digamos, y entonces ahí ya México empezó a brindar protección a este tipo de personas.

Algo importante aquí, sin entrar en tecnicismos legales, es que el asilo es una figura, un derecho humano que implica esta protección que se le brinda a la persona perseguida, pero el asilo debe ser entendido como la protección que se le brinda tanto a los asilados políticos como a los refugiados, y sí me interesa hacer esta distinción porque a raíz de la reforma constitucional en materia de derechos humanos, que se dio hace ya dos años, México incluyó en el artículo 11 de la Constitución el derecho de asilo, lo cual es un gran avance, pues ese derecho humano no estaba plasmado a nivel constitucional y ahora ya lo está.

Sin embargo, desafortunadamente, y creo que es el negro en el arroz de esa reforma constitucional, incluyó la palabra refugio y generó una confusión entre el asilo y la protección a los refugiados. Sólo Venezuela, Bolivia y Ecuador tienen junto con México este error y nada más quiero recalcar, entonces, que el asilo incluye tanto la protección a los refugiados como el asilo político. Es la gran institución que brinda protección a estos dos tipos de perfiles de personas, que digo, quizá suena un poco técnico, pero sí tiene implicaciones de protección para las personas y ha sido más bien una necesidad del Estado mexicano el preservar la figura del asilo político y no quererlo confundir con la protección de refugiados cuando finalmente todos son seres humanos que requieren el mismo tipo de protección.

AB: Bueno, yo tengo una pregunta que siempre hago, que me interesa mucho en términos educativos de nuevo. Insisto en que la idea de estos eventos es improvisar un dispositivo educativo en el que quien aprende soy yo, y yo quisiera entender, o tratar de entender, no solamente estas diferencias que parecen técnicas o legales, pero que se asientan en el espacio educativo popular de la gente, en cómo percibimos y cómo concebimos el espacio del asilo, porque en la calle uno podría escuchar con facilidad frases como: «¿por qué tenemos que recibir a toda esa gente si ya de por sí tenemos tanta gente mucho más jodida, que de hecho está emigrando a Estados Unidos?».

Yo entiendo que es sobre derechos humanos, que no lo percibimos como un derecho humano independiente-

mente de que el otro esté más o menos jodido que yo. Sin embargo, creo que hay, por una parte, el perfil de migrante del solicitante de asilo, que eventualmente puede tener que ver con una pobreza extrema, y yo creo que es el caso de muchísima gente que escapa de sus países no por una persecución política, no por una persecución religiosa, no por una persecución de género, sino simplemente porque está muerto de hambre. ¿Qué pasa con esta gente?, ¿cómo funciona este perfil dentro del estatuto del refugiado?

AL: Bueno, creo que apuntaste varias cosas. Primero, cómo la institución del asilo en un país como México tiene algún sentido, qué sentido puede tener para la gente que efectivamente sea un país con tantos problemas, ¿por qué recibir gente?, además de que también trae más problemas, que ésa es la idea, y creo que también tú lo dijiste. Porque es un derecho humano, queda claro; y porque además siempre lo vemos como algo muy ajeno.

Cuando a veces voy a dar pláticas a universidades o a otros foros, siempre pregunto cuántas personas tienen familia en Estados Unidos, cuántas familias son originarias del D.F., cuántas personas ahí no tuvieron abuelos que huyeron en la Revolución mexicana y que por eso vinieron al D.F., etcétera... Tratar de ir hacia atrás y verlo como algo más personal y ver que a cualquiera nos puede suceder, digo, desafortunadamente.

Además, cada vez más mexicanos estamos solicitando protección en el extranjero. México fue, el año pasado, el tercer país con más solicitudes de asilo en Estados Unidos y en Canadá, sobre todo de defensores de derechos humanos, periodistas. Todo lo que platicaron con Eréndira creo que deja clara la razón por la cual cada vez más mexicanos están saliendo al exterior y, obviamente, el hecho de que México brinde esa protección a extranjeros aquí en el país hace creer que también mexicanos pueden tener la misma protección en otro lugar. Es una institución difícil de defender en un país con un gravísimo nivel de xenofobia, de racismo y de intolerancia. La última encuesta del Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación es espeluznante. Realmente el porcentaje de mexicanos que no podrían tener como vecino a un extranjero, que no podrían vivir con un extranjero, es realmente terrible; es un país realmente muy muy muy xenófobo, y evidentemente la institución del asilo es muy problemática porque, además, el perfil de las personas es muy distinta y no es el intelectual que todos queremos tener en nuestro país, que nos va a enriquecer, sino son personas que van a enriquecer definitivamente a la comunidad, pero desde otro campo, con otra visión.

Y ahí llegaría al otro punto que anotabas: ¿cómo diferenciamos al migrante que viene a México por motivos económicos, porque se está muriendo de hambre? Quién sabe si ahí nada más son razones económicas, sino también una vulneración a sus derechos fundamentales, y ahí ya podríamos estar hablando de una persecución, de

un refugiado. ¿Cómo hacemos esa distinción? Ahí es donde el marco jurídico internacional, el marco legal, creo que se queda corto, como siempre.

Es ahí donde el reto del derecho es siempre estarse actualizando, porque en efecto, el que viene sólo por motivos económicos no encuentra protección bajo esta figura en México. Y ésa es la gran distinción entre un refugiado y un migrante. Un migrante viene sólo por motivos económicos o por otros motivos, pero ese migrante puede regresar a su país y su vida no corre peligro. Un refugiado viene por otro motivo y, en caso de regresar a su país, su vida, seguridad o libertad corren peligro. Por eso los refugiados requieren una protección especial. Esto no quiere decir que los migrantes no requieran protección y es evidente que estamos viviendo una crisis humanitaria en este país. No se habla de eso, pero la situación que están viviendo los migrantes, entre ellos probablemente refugiados, es realmente una crisis humanitaria.

Que la prensa sólo lo saque de vez en cuando —como la situación en San Fernando, o lo que salió en Veracruz hace pocos días— no quiere decir que no sea una situación que no esté sucediendo a diario; y los albergues del padre Solalinde, los que apoyan Vera, Pantoja en el norte, ellos reciben migrantes todos los días, y la «bestia» sale cada dos, tres días llena de migrantes, y la crisis humanitaria está ahí.

Una cuestión que me gustaría resaltar es la posición del gobierno, ya sea que cierre los ojos ante la crisis humanitaria que viven los migrantes en el país o que traslade la responsabilidad a la sociedad civil: «A ti te toca brindar la protección en mi territorio a estos extranjeros porque están de paso; entonces, por eso, yo no tengo por qué encargarme de ellos; ellos lo que quieren es llegar a Estados Unidos». Entonces hay realmente una falta, un vacío grave de políticas públicas y de atención a esta gente en territorio mexicano, porque además muchos ya se están quedando en territorio mexicano.

Antes era más fácil cruzar la frontera, pero cada vez es más peligroso y más costoso. Y siendo que es más peligroso, hemos entrevistado a migrantes que te dicen: «Bueno, ya me violaron, ya me asaltaron, ya me caí del tren y me quedé sin un brazo, ya no quiero seguir. Ya me consiguieron aquí un trabajito, prefiero quedarme aquí en México que seguir al norte». Entonces, cada vez se están quedando más esos migrantes en México y, obviamente sin documentos, y en una situación muy vulnerable. Y no nada más adultos, sino también un creciente número de niños.

Las organizaciones civiles en la ciudad de México que trabajan con niños en situación de calle están alarmadas de la cantidad de niños centroamericanos que están viviendo en las calles de la ciudad de México; porque son niños además cada vez más chicos, que viajan solos. O sea, el número de niños centroamericanos viajando solos, menores incluso de nueve años, que tratan de llegar a Estados Unidos pero, al no lograrlo, se quedan en México, es realmente alarmante, y la respuesta del gobierno no ha sido efectiva.

AB: ¿Podrías —ahora que estás un poco abundando en eso, evidentemente sin decir nombres—, describir la ruta, no solamente geográfica, de una persona, vamos a decir, que llega a México, sino la ruta legal también?, ¿por dónde pasa?, ¿cuál es el camino para que esta persona pueda llegar a tener el estatus de refugiado, hablando de la Comar, del ACNUR, de las ONGs y también de la sociedad civil, y qué pasa después con esta persona?

AL: Creo que es interesante diferenciar el recorrido que hace un extracontinental, un asiático, un africano, del de un centroamericano. Porque incluso en eso, digamos, hay grandes diferencias.

AB: Porque normalmente uno piensa y asume que los refugiados son solamente centroamericanos, pero en México —y obviamente en Estados Unidos y en todo el mundo— hay refugiados que provienen de Somalia, de Sudáfrica, de Europa del Este, por ejemplo; uno cree nomás que son chapiques, ¿no?

AL: Una ruta común, si se puede decir, de un etíope, de un eritreo que llega a México, por lo general viaja a algún campamento de refugiados en África Central; después logran irse, sobre todo, a Sudáfrica, donde suelen ser vendedores ambulantes, y ya que tienen algún dinero y que contactan a algún buen traficante, pollero, coyote como se le llame, logran irse por lo general a Brasil; de allí van subiendo como pueden, sobre todo trayectos en camión, a veces en barco, hasta México. Llegan por lo general a la frontera sur, muchos por Tapachula, pero no únicamente; además las rutas van cambiando y en Tapachula muchas veces son detenidos. Algunos son engañados por los polleros desde Estados Unidos, y ya estando detenidos es que se enteran de que están en México en vez de donde les fue prometido.

¿Y por qué llegan africanos a México o por qué llegan asiáticos a México? Pues porque quieren ir a Estados Unidos y es la manera más fácil de llegar. Si no tienen mucho dinero para pagar un buen pasaporte con una visa falsa creíble, lo más fácil es llegar a través de México. ¿Qué pasa cuando son detenidos? Depende: si México tiene el dinero y las posibilidades, deporta a estos extranjeros, a veces con el apoyo de la Organización Internacional de las Migraciones (OIM). Si no tiene la posibilidad de deportarlos, les da un documento que se llama «oficio de salida», que dice: «tienes que salir del país en 30 días; te saco de la estación migratoria, ya no estás en detención, pero tienes que abandonar el país en 30 días». Eso quiere decir que si yo estoy en esa situación, tengo 30 días, en los cuales puedo agarrar un avión e irme a Tijuana para después cruzar. Ésos yo diría que son los que tienen la ruta más sencilla, los que la tienen más complicada son los centroamericanos que no vienen de tan lejos; hay historias de personas que se tardan seis años o seis meses, en fin meses, a veces hasta años, en llegar hasta México si son extracontinentales.

Un centroamericano va a llegar más rápido, pero en caso de ser detenido en la frontera sur, porque algo importante también que hay que señalar sobre México es el tema de la seguridad y del control de las fronteras. La frontera sur está totalmente abierta. Si tienen oportunidad de ir es sorprendente ver cómo está el paso de migración donde hay que presentar papeles, y abajo está el río y pasan unas llantas llenas de mercancía o de personas. Al llegar al lado mexicano no hay ni un policía ni un militar, ni autoridad alguna, y pasa todo el mundo como si nada. Realmente no hay, te ves ridículo pasando por la frontera, por el punto de revisión, no hay nadie, están durmiéndose ahí los agentes migratorios. El paso real es por el río, en estas llantas inmensas donde atraviesa absolutamente todo, y la detención no es en la frontera misma, sino en toda la región sur del país.

Hay, digamos, un traslado de la frontera y es un espacio en el cual las autoridades migratorias detienen a los extranjeros, centroamericanos o no; a los extracontinentales si son negros seguro sí los van a detener más rápido, pero los centroamericanos después de que se aprendieron el himno nacional y lograron pasar dos o tres puntos, a lo mejor logran llegar un poquito más al norte, pero digamos que no nada más está la detención en la frontera sur, sino que es en toda la región sur del país donde ocurren estas detenciones. Si detienen a un centroamericano, entonces es trasladado también a la estación migratoria y a ellos sí los deportan de manera automática.

Es alarmante el número de camiones que salen todos los días de Tapachula a Guatemala. Y ellos no tienen entonces chance de este pase para irse a Tijuana en avión o algo. Si logran no ser detenidos, entonces se van en tren, con polleros, se van escondidos y hacinados en camiones, porque ellos no tienen este documento que les dice que tienen que salir del país en 30 días, pero que les permite estar por todo el país durante esos 30 días.

Entonces, esos migrantes centroamericanos la tienen mucho más difícil y son obviamente mucho más vulnerables; son blanco de corrupción por parte de autoridades, de grupos armados, son blanco de, bueno, en fin... de una infinidad de personas que hacen que su viaje sea realmente un vía crucis y que muchos decidan que mejor sí los deporten; muchos se entregan a las autoridades migratorias, otros se quedan en algunas poblaciones en México donde encuentran solidaridad.

Sí, somos un país con altísimos índices de xenofobia, pero también hay evidentemente comunidades muy solidarias. No sé, hay, por ejemplo, Las Patronas, en Veracruz: un grupo de mujeres que preparan lonches y cuando pasa el tren se los avientan a los migrantes. Y claro que hay todos estos albergues para migrantes que dependen de la Iglesia. En esos lugares los migrantes están a lo largo de todo lo que se llama la ruta migratoria y hay más de 50 en todo el país. Y los migrantes pueden llegar a estos albergues donde las autoridades no pueden detenerlos y tienen la posibilidad de quedarse un máximo de 72 horas, por lo general. Ahí

pueden respirar, bañarse, comer, dormir, a veces les pueden dar ropa, porque muchos llegan sin nada porque los asaltan y los dejan sin nada; pueden dormir y esperar, retomar un poco de fuerzas y volverse a trepar al tren para seguir hacia al norte.

AB: Hay una cosa, antes de entrar en la parte de la ruta que me interesa: el proceso de trámite para acceder al estatus de refugiado, me encantaría que describieras una estación migratoria, la que tú quieras, la de Iztapalapa la conoces muy bien, pero puede ser la de Veracruz o la de...

AL: Pues hay muchas categorías de estaciones migratorias. La de Iztapalapa, que efectivamente conozco muy bien, es un espacio cerrado con torres de vigilancia; en toda la azotea hay federales armados apuntando constantemente a los espacios; están separados hombres y mujeres y hay un área muy reducida para niños.

Hay un cuarto con paredes que son ventanas donde ponen a los extranjeros «problemáticos». Los problemáticos pueden ser, desde una persona con algún problema psiquiátrico, hasta un transexual, pasando por un niño que no quiere jugar con los otros niños, todos juntos en un espacio de este tamaño. Los hombres separados de las mujeres. No hay espacio para familias. No hay o hay muy pocas visitas familiares; no hay traductores. Si llega un extranjero a esta estación migratoria le quitan sus cosas, le quitan, por ejemplo, las agujetas, supuestamente para evitar que pudiera haber suicidios. Le ponen a todos chanclas, les dan un *kit* de limpieza, un cepillo de dientes, un jabón, detergente. Los encierran. El espacio de hombres no tiene área verde; el espacio de mujeres sí tiene un espacio, un área verde. Tienen dormitorios donde hay de seis a ocho personas. Normalmente los dividen por nacionalidades; durante el día no pueden estar en esos cuartos, en esos dormitorios, tienen que estar en el espacio abierto todo el tiempo.

Supuestamente los niños tienen actividades con personas del DIF. Rara vez se les comunica sobre su situación. No saben cuándo van a ser deportados, si van a ser deportados, si van a ser liberados, si pueden tener contacto con alguien. No hay traductores. Tienen posibilidad de hablar por teléfono, pero tienen que pagar las tarjetas telefónicas, en fin, digo, podría extenderme, pero ésa es la situación en la estación migratoria de Iztapalapa.

Pero hay estaciones migratorias en lugares más pequeños, desde sótanos, donde no hay división de hombres, mujeres ni niños, donde puede estar conviviendo un *mara* junto con una niña de 15 años, junto con un... en fin, no hay ningún tipo de división, o por ejemplo el de Chihuahua, que era un gimnasio donde en invierno llegan a -18 grados centígrados, donde no hay cobijas porque una vez unos cubanos hicieron negocio y las estaban vendiendo, y entonces decidieron mejor quitarles las cobijas.

En fin, las condiciones de las estaciones migratorias varía muchísimo; la de Tapachula es la más grande en

América Latina, lo cual es un gran orgullo para las autoridades migratorias, contar con la estación migratoria Siglo XXI, con mejores instalaciones, con más espacio para los niños, pero sigue siendo un espacio de encierro, con vigilancia constante, sin comunicación, sin asistencia legal.

En México los migrantes detenidos, los refugiados, los apátridas, en fin, no tienen asistencia legal y creo que ésa es también una cuestión gravísima. Son personas a quienes se les abre un procedimiento administrativo donde se está decidiendo, probablemente, que los deporten o no los deporten, que les den papeles o no les den papeles, sin ayuda ni orientación. Eso sí, todos tienen que sentarse ante un actuario que sólo habla español, a decir por qué llegaron, cómo llegaron y demás, a que les receten todos los artículos de la ley que violaron. Pero no tienen ningún asistente, ningún asesor en esos términos.

Para llevar a cabo el procedimiento, si quieren solicitar protección como refugiados, lo pueden hacer dentro o fuera de la estación migratoria. Noventa por ciento lo solicita dentro de la estación migratoria, quizá porque es el único lugar donde logran tener la información o también porque lo ven como una manera de salir libres de la estación migratoria. Se puede ver de las dos maneras. Yo creo que la segunda es la más posible, la más probable; estando en la estación migratoria solicitan la protección y entonces el gobierno de México tiene una oficina que depende de la Secretaría de Gobernación, que es la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados, la Comar, que va y los entrevista. Una persona que quiere pedir protección en México tiene que contar su historia, los motivos por los cuales salió de su país y por los cuales no puede regresar a su país. Les hacen la entrevista y, con base en eso, la Comar, el gobierno de México, analiza si la persona cumple o no con la definición de refugiado, con el marco legal que determina si la persona es o no refugiado. Nuevamente todo este proceso suele ocurrir sin un abogado. Si la persona, si la Comar, si el gobierno de México determina que la persona sí es refugiada, entonces recibe documentación, una residencia legal en México con derecho a trabajar. Y se le da cierta asistencia económica.

El ACNUR, a través de la sociedad civil, a través de la ONG Sin Fronteras, les da asistencia económica y también se les brinda, por ejemplo, clases de español, cierta orientación para el trabajo, digamos, todas las herramientas para que estas personas puedan hacer su vida en México, y ya. Tienen el derecho a la reunificación familiar, que es algo importante. Si son reconocidos como refugiados en México pueden traer a su esposa, a sus hijos a vivir a México de manera regular.

AB: ¿La Comar decide sola quien tiene derecho al estatuto de refugiado?

AL: Sí. Anteriormente lo hacía con el ACNUR y con la sociedad civil.

AB: ¿Quién es el ACNUR?

AL: Es el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. De manera conjunta se analizaban los expedientes y se tomaba una decisión. Actualmente, con la nueva ley, se hizo una reforma legislativa y ahora únicamente es la Comar, la Secretaría de Gobernación, la que toma la decisión, lo cual no necesariamente es malo. Sin embargo, sería bueno si hubiera mayor transparencia y, sobre todo, asistencia legal; tendría que ser un procedimiento en el cual los solicitantes tuvieran un abogado y que los casos pudieran judicializarse más.

En México estamos en pañales en esos términos, porque finalmente es una decisión administrativa. Llega a un escritorio y ahí sí quedan muchas dudas de qué tan técnica y jurídica es la decisión, porque sí hay una decisión por escrito, pero al no haber abogados y al no judicializarse los casos, ese procedimiento queda bastante en la sombra y creo que es ahí donde México tiene que avanzar muchísimo.

AB: Yo tengo una duda porque siempre como que me quedo con la pregunta: ¿Quién es un apátrida?

AL: Un apátrida es alguien que no tiene patria.

AB: ¿Cómo sucede esto? ¿Cómo alguien llega a no tener patria?

AL: Puede ser, bueno, hay dos definiciones, pero a nivel internacional es cuando la legislación de ningún Estado te reconoce como su nacional. ¿Y esto cómo sucede? Veamos, puede suceder, como ocurre en un número importante de países de tradición islámica. Según su legislación, si una mujer se casa con un extranjero pierde la nacionalidad. El ejemplo: yo mexicana me caso con un canadiense y es como si la legislación mexicana dijera: «pierdes la nacionalidad mexicana», y ocurre que el país del que es nacional mi esposo no prevé darme la nacionalidad por haberme casado con él. Canadá no me da la nacionalidad por casarme con un canadiense. ¿Qué me sucede? Soy apátrida. Y esto pasa.

Y esto es un ejemplo, pero hay miles. Puede ser que padres de cierta nacionalidad tienen un niño en un país distinto al suyo, ese país no da la nacionalidad por el simple hecho de haber nacido ahí, y la nacionalidad de los padres no se transmite si el niño no nace en su país. Ése es otro caso, digo, no sé si estoy siendo complicada.

AB: O sea, también hay niños apátridas...

AL: Muchísimos, muchísimos. Hay pueblos enteros que son apátridas. Hay millones de personas en el mundo que son apátridas y son los que más están en la sombra. Actualmente hay una etnia de Myanmar, en uno de los campamentos más grandes de Asia, están en Tailandia, y que de acuerdo con la legislación no son de Myanmar. Y son apátridas por que la ley lo señala. Y hay miles de personas

en campamentos desde hace décadas viviendo así porque ningún país los reconoce como sus nacionales. Pero bueno, éste es un caso extremo.

Una situación muy común en México y en Centroamérica que puede llevar a la apatridia es la falta de registro civil. No todos los que no tienen registro civil son apátridas, no. Pero una situación de ausencia de registro puede llevar a la apatridia. Eso es una realidad en Centroamérica y en México con la que hay que hacer algo, porque se pueden generar situaciones de apatridia. Es un problema ahora, con todas las deportaciones de mexicanos de Estados Unidos a México. Muchos niños que se fueron a Estados Unidos desde muy chicos sin haber sido registrados en México, que están siendo devueltos y que no pueden ni siquiera demostrar que son mexicanos, porque tal vez ni se acuerdan de qué pueblo son o no los registraron.

En fin, se puede llegar a situaciones muy complicadas. Y en ese tema de la apatridia, hay muchísimo que hacer. Apenas el año pasado logramos que se incluyera en la legislación mexicana, pero es el primer paso. Ahora hay que establecer todos los procedimientos, todas las herramientas, para que un posible apátrida pueda tener protección en México. En el año 2000 México estaba negociando el Tratado de Libre Comercio con Europa; allá tienen una cosa que se llama la *cláusula democrática*. Para suscribir convenios con algunos países, Europa les exige que tenga, digamos, un paquete, un marco jurídico, un paquete de convenios en materia de derechos humanos.

Entonces, en 2000, México firmó un montón de convenciones en materia de derechos humanos, yo creo que sin saber qué estaba firmando; entre ellas está la Convención sobre Refugiados y la Convención sobre Apátridas. Entonces, de acuerdo con la ley, en México todo apátrida tiene derecho a la residencia, a toda una serie de servicios y de derechos, cuando en la realidad no sucede. Pero bueno, un paso es la ley, es el primer paso. Pero falta muchísimo por hacer.

AB: De repente lo mencionaste brevemente. Creo que sería muy interesante, en tu trabajo, en el ACNUR, ¿qué sucede cuando hay una emergencia y hay que ir a trabajar en un campo de refugiados? O sea, no en México. Por ejemplo, como cuando sucedió la experiencia los guatemaltecos, o a donde fuiste tú, a Liberia. ¿Podrías relatar un poco de tu experiencia? ¿Podrías brevemente describir a qué fuiste? ¿Cómo te fue con quienes estaban ahí? ¿Cuál era el contexto? Es decir, ¿de dónde venía la gente para estar en ese campo de refugiados?, ¿qué pasaba? Creo que sería muy ilustrativo.

AL: Para mí fue un gran aprendizaje porque llevo trabajando el tema de refugiados desde el año 2000 y nunca había estado en un campamento de refugiados. Y cuando uno piensa en refugiados, piensa en tiendas de campaña, en miles de personas y yo personalmente nunca había estado en un campamento de refugiados porque el trabajo en México

es totalmente distinto: se trabaja más a nivel de política pública, con números muy pequeños de refugiados y evidentemente en la actualidad no hay ningún campamento de refugiados, aunque en los ochenta sí los hubo (en Campeche, Chiapas y Quintana Roo).

Hace dos años tomé una formación, un entrenamiento para emergencias humanitarias, porque quería justamente tener esa experiencia y ese aprendizaje de trabajar en un campamento de refugiados. Entonces tuve ese entrenamiento intensivo de dos semanas en Alemania, donde literalmente nos pusieron en situaciones extremas, desde que nos secuestraron y nos... en fin, toda una formación para emergencias. Y en diciembre de 2010 me llamaron para irme a Liberia, porque en ese momento había un conflicto en Costa de Marfil y estaban huyendo miles de marfileños a la frontera con Liberia. Entonces, en menos de 72 horas tuve que alistarme para estar en Monrovia, la capital de Liberia, y llegar con un equipo de funcionarios, de mi misma oficina, de las Naciones Unidas, para ir a la frontera y atender a los refugiados de Costa de Marfil.

AB: ¿Cuántos eran?

AL: Cuando llegamos, éramos tres funcionarios internacionales, bueno tres que habíamos recibido esta capacitación y ya éramos superexpertos, después de dos semanas.

AB: ¡Como G.I. Joe!

AL: Y eran nueve liberianos que trabajaban en una oficinita, que llevaban años trabajando con un campamento de refugiados que llevaban 20 años en Liberia. Un campamento que realmente ya era un poblado liberiano.

Cuando llegamos nosotros había 40,000 marfileños en la frontera y fuimos el primer equipo que llegamos, y pues... icon 40,000 personas! Llegamos a Monrovia y de ahí nos trasladaron a Saclepea, un pequeño poblado a cinco horas de la frontera. Ahí era nuestra base, y todos los días íbamos a la frontera a registrar a las personas, saber cuántos había, cuántos niños, cuántas mujeres, cuántos viejos.

La primera semana fue más bien de registro, de suministrarles tiendas de campaña, suministrarles comida... organizar comida para 40,000 personas, en fin. Lo primero fue eso. Después estuve encargada, después de dos semanas, de la protección a la niñez. Entonces había que determinar primero cuántos niños venían solos, cuántos venían separados, cuántos niños tenían problemas o estaban enfermos. Después estuve encargada de la protección de 60,000 refugiados, porque cada día llegaban miles. Y desde negociar con las autoridades liberianas dónde se iba poner el campamento, que primero te decían: «Sí, sí, no se preocupe, le tenemos 10 hectáreas». Te llevaban a ver las 10 hectáreas y era un cerro donde no ibas a poder poner ni una tienda de campaña, donde jamás iba a haber agua; o te decían: «Sí, sí, no se preocupe», y llegabas y estaba inundado.

En fin, desde la negociación de dónde ibas a poner el campamento, hasta la campaña para convencer a la gente de que se moviera de la frontera, porque los refugiados salen huyendo, pero salen con la esperanza de regresar siempre a su país, y convencerlos de moverse a cinco horas de la frontera porque en la frontera había tiroteos, y no había seguridad, y había sobre todo mucho reclutamiento forzoso. Estaban cruzando los grupos armados de Costa de Marfil a reclutar niños, entonces había que moverlos, pero para convencerlos de eso, me tocó tomar la decisión más difícil que era, si les distribuyes comida en la frontera se van a quedar, si no les distribuyes comida se van a mover, si no les distribuyes comida con el índice de desnutrición que hay ahorita, se van a morir tantos; si les distribuyes, tantos van a ser reclutados por la fuerza. Digo, difícilmente traducir todo esto en números, pero bueno es lo que intentábamos. Tantos van a salir reclutados por la fuerza y tantos se van a morir por balas perdidas. Entonces, los dejamos sin comer para que se movieran y les distribuimos la comida al llegar o al dejar el lugar.

En fin, ese tipo de decisiones son las que me tocó tomar, y cuando me fui había más de 120,000 refugiados marfileños. Cuando llegué, abrimos el primer campamento de refugiados y actualmente sigue, a pesar de que el conflicto terminó y se firmó la paz. Sigue habiendo cuatro campamentos de refugiados en Liberia para marfileños.

AB: Yo lo que recuerdo, porque además no estábamos juntos, que Alejandra me decía que ella estaba en condiciones terribles. Le dió malaria, tenía chorro todos los días, tenía fiebre, etcétera, pero nunca estaba en las condiciones en las que estaba la gente a la que tenía que atender. Entonces siempre era una tensión terrible y obviamente de un aprendizaje muy intenso, pero también una cosa que te conmueve para toda la vida, digamos.

AL: Sí, también darte cuenta sobre los trabajadores humanitarios. También es una fauna y una mafia terrible, porque sí, te sientes superhéroe. Le estoy salvando la vida a 40,000, entonces estos profesionales de las crisis humanitarias, que se sienten superhéroes y son felices, eso, de vivir, efectivamente, en las peores condiciones, es medular. Vivíamos... yo dormía junto con otros doce. Ya cuando llegaron más personas, al principio dormíamos debajo del escritorio, pero bueno, ya que logramos poner una cama y dormir, éramos doce, éramos veinticinco compartiendo un baño, obviamente no había agua, en fin... pero claro, estoy salvando a mucha gente, ¿no? Entonces toda esa cuestión de los trabajadores humanitarios que dejan de ser críticos y deja de tener sentido su trabajo, definitivamente es muy tramposa.

Yo llegué junto con una chica de Europa del Este, de Rumania, después de dos meses de trabajar en una crisis humanitaria estás obligado a tomarte tres días de descanso. Ella se fue a su país y regresó con una maleta inmensa de peluches y me pidió que por favor fuéramos al campamento,

cuando dormíamos en promedio dos, tres horas, no había tiempo de nada. Bueno, ella se quiso dar el tiempo de ir al campamento para distribuir los peluches. Obviamente yo tenía otra cosa que hacer en el campamento, y fui. No fui nada más a distribuir los peluches. Y era terrible, evidentemente, que esta mujer se atreviera hacer tal cosa, y además pedir que la fotografiaran. Y ella lloraba de la emoción de ver cómo los niños, bueno, destruían los peluches. En su vida habían visto un peluche y eran 3,000 niños para una maleta de peluches. Pero ella obviamente sacó la foto que ha de estar en la sala de casa de sus papás, ¿no? Ha de estar muy orgullosa.

AB: Bueno, cambiando y no de tema, hay algo interesante que creo que me gustaría tocar antes de que se nos acabe el tiempo, que tiene que ver con esa conciencia, cuando uno vuelve. Digamos en tu trabajo, y creo que nunca te lo he preguntado, pero sé que hay algo, que es otra vez este problema educativo del asilo como derecho humano y, al mismo tiempo, el contexto local. La situación que vivimos en México ahora, pues es extrema, como le decía yo a alguien, usando un término de San Juan, es apocalíptica. En México sabemos que hay, por todos los problemas que vivimos, desplazados internos, y que el recibir gente de otros lados te hace preguntarte también sobre tu contexto, sin entrar en la ignorancia, digamos, de decir que ellos no merecen porque nosotros estamos más jodidos, sino efectivamente comprender que sí hay algo muy jodido, no más ni menos, sino que también hay esta gente que está siendo desplazada de su casa por problemas tanto del narcotráfico, como por problemas étnicos, religiosos, por intolerancia. ¿Qué está pasando con los desplazados internos?

AL: Desde el gobierno nada. Efectivamente, México tiene un tema grave en ese sentido y no nada más están saliendo muchos mexicanos al extranjero a pedir protección, sino que muchos están huyendo dentro del propio territorio. Hay, hubo un reporte recientemente de una organización noruega que sacó cuentas del número de desplazados en México, de personas. Hay pueblos enteros en el norte y centro del país debido a la violencia que se está viviendo, y estas personas no cruzan ninguna frontera, no van a pedir asilo a Canadá o Estados Unidos, pero sí al poblado de al lado o a la iglesia de al lado, y estas personas no están siendo contabilizadas, atendidas, identificadas, están totalmente en la sombra. De nuevo, de vez en cuando sale en la prensa, pero no hay atención para ellos, y eso es una realidad. Están estos desplazados por la violencia que el gobierno no quiere reconocer y hay otros desplazados que llevan tiempo de haber sido desplazados por otros motivos.

Pienso en los triquis en Oaxaca, que por motivos muy complejos, políticos, religiosos, étnicos, por un montón de motivos, hay poblados de los que han sido desplazados. En Oaxaca, en Chiapas, hay comunidades que por motivos

religiosos, que se mezclan siempre con los políticos y con otros, que han sido desplazadas, y el gobierno de México sólo reconoce oficialmente que hay desplazados en Chiapas, y a raíz del conflicto zapatista. Para México sí hay desplazados, pero sólo en Chiapas.

Además los números, si tú hablas con el legislativo te dicen que son 2,000; si hablas con el ejecutivo a lo mejor te dicen que 6,000; en fin, tampoco hay, realmente, una certidumbre de quiénes son esos desplazados, pero para el Estado mexicano sólo existen esos desplazados, cuando no es una realidad... Eréndira lo trabaja, lo ve todos los días, en Oaxaca. Hay desplazados en Oaxaca y hay desplazados en todo el país, y a raíz de la ola de violencia, el número de desplazados ha aumentado muchísimo.

La actual Ley General de Víctimas no lo prevé, ninguna política pública lo prevé; nadie los ha contado; nadie ha hecho nada. Pero van a salir de la sombra porque finalmente son personas que van a necesitar, son niños que van a necesitar ir a la escuela, personas que van a necesitar trabajo, servicio, etcétera, y si son dos o tres, la población los va a poder absorber, las familias, en fin. Pero va a llegar un momento en que desafortunadamente no sea posible, y hay que atenderlos. Y digo, hasta el momento no se da, pero lo ves en Colombia, en los cinturones de miseria, porque además muchas veces vienen a las ciudades y entonces son los que viven en los cinturones de las ciudades en situaciones paupérrimas, que otra vez..., muchas veces, están invisibles, pero se van a visibilizar, los tenemos que visibilizar. Pero solitos van a salir cada vez más porque ahí están, ¿no? Aunque no los queramos ver, ahí están.

AB: Hay una parte de tu trabajo que también a mí de repente me fascina y, al mismo, tiempo se me hace espeluznante, que es la parte del cabildeo con los políticos. Ir a la Cámara de Senadores, ir a la Cámara de Diputados, ir a tener una reunión con Chuayffet. Sentarte a trabajar con un político que tiene la capacidad para cabildar sobre todos estos derechos y estas leyes, porque sobre desplazados, por ejemplo, internos, lo que hay que hacer, y sobre el derecho de asilo, y sobre los indígenas, hace apenas muy poquito que se discute. ¿Qué significa ese trabajo?, ¿qué esperanzas tiene y qué representa también para el otro? Es decir, el otro porque accede, el político, el que tiene la sartén por el mango en, digamos, en afirmar que sí puede apoyar una legislación de este tipo, como la de medios que mencionó Eréndira, por ejemplo. De algún modo representa un beneficio para ellos y para los grupos que representan.

AL: Pues es justamente cómo hay que «vendérselo»; verlo como un beneficio. Digo, con mis ojos de abogada, pero yo creo que sí es importante, porque es la base para que haya una política pública, para que haya recursos, herramientas. Tiene que estar previsto en la ley, y muchas cosas se hacen sin que esté el marco jurídico. Pero sí creo que es importante para que el gobierno pueda establecer los mecanismos.

Entonces el cabildeo es importante, ir con estos senadores y diputados a convencerlos de que haya un marco jurídico para darle protección a estos desplazados, a estos apátridas, a estos refugiados, a estos migrantes. Y muchas veces no les interesa; hay que buscar elementos, pues es toda una estrategia: desde buscar al legislador que a lo mejor puede simpatizar con el tema, o el legislador que no ha presentado nada y pues no tiene nada que perder, y presentar una ley a favor de los derechos humanos y de los pobres migrantes que vienen y que les va re-mal, pues a muchos les puede venir bien. En fin, es toda una estrategia primero de ver a quién te acercas, cómo se los «vendes», y podérselos «vender» como algo que les pueda beneficiar. Porque sí, simplemente el tema de refugiados no le interesa a nadie. En un país de más de cien millones de habitantes no les interesa en lo más mínimo esos poquitos. Tendría que haber más, el problema es que no se les identifica, no están los mecanismos, en fin. Pero, números, si nos vamos sólo a números, a 1,500 refugiados, Chuayffet (bueno ahorita ya no es, pero en la legislatura pasada que tuvo varias reuniones con él), evidentemente acababa haciéndome siempre la misma observación: «Son 1,500, déjame de chingar. La verdad no. No estés molestando para»... ¿Cómo vendérselos? Y con estos argumentos, la cantidad de mexicanos que solicitan asilo en el extranjero, las obligaciones de México con los instrumentos de derechos humanos, ahí creo que sí, que la comunidad internacional y los organismos internacionales pueden tener un papel importante.

Los organismos internacionales no son la panacea, no sirven para muchas cosas, pero creo que para cabildeo sí, porque sí pueden estar ahí exigiendo que se respeten los compromisos que México asume al firmar, como lo hizo en el año 2000, todas estas convenciones que suenan muy bien, pero que no están aterrizadas en ninguna legislación en México.

AB: La verdad es que me encantaría tocar otros temas, como por ejemplo, la experiencia de los migrantes. Lo mencionaste de algún modo brevemente, con todo, no sólo con los polleros internacionales y los locales, sino también, por ejemplo, con las maras. Estas mafias de violencia y tráfico de personas, y con los cárteles de las drogas, con la policía migratoria, qué, cómo vive esta gente, todo esto.

Y yendo más a fondo, tal vez comparar una discusión mucho más compleja, cómo se da la atomización del concepto de frontera y bajo el argumento de la seguridad, cómo más bien en vez de atomizarse, como idealmente sería, se ha ido fortaleciendo. Bien dijiste, la frontera se ha extendido. México ahora es una frontera completa. El país es una frontera para los gringos, y sería interesantísimo hablar de eso, pero siento que el tiempo ya se nos acabó. Yo preferiría que tú hables de lo que quieras y pasar brevemente a una ronda de preguntas y respuestas aprovechando que todavía está Eréndira aquí.

AL: Nada más al final creo que apuntaste varias cosas que sí me gustaría recalcar, resaltar. El tema de la migración como un tema de seguridad nacional, justamente como se ve en Estados Unidos, como lo ve México; es ahí el principio del problema, y cómo es que no hay un acercamiento del tema desde el punto de vista de los derechos humanos. Y es ahí donde el asilo queda totalmente relegado, porque la migración actualmente tanto en México, como en Estados Unidos y en la región, se ve como un tema de seguridad nacional y el migrante es *el ilegal*, el criminal, el que no tendría que estar aquí. Y es la amenaza.

Vemos al extranjero como una amenaza y el gobierno ve a los migrantes como una amenaza, los criminaliza. Y aquí lo voy a unir con el tema de las maras, estas pandillas de jóvenes en Centroamérica, que de hecho surgieron en Estados Unidos y, a raíz de las deportaciones de pandillas de Estados Unidos a Centroamérica, llegaron estos jóvenes a un caldo de cultivo en sociedades totalmente fracturadas.

Después de los conflictos, las guerras civiles, se crean estas pandillas, con una organización, con el orden de las pandillas estadounidenses, en esas sociedades centroamericanas nacen estas maras, que son pandillas transnacionales que ya también están en México, que utilizan a México como un país de tránsito, para agredir a los migrantes, y es ahí donde sí puede haber un acercamiento de seguridad nacional, pero una seguridad nacional que tenga también una visión de derechos humanos, lo cual no se da.

Y obviamente no nada más es un tema que se debe abordar desde la seguridad nacional, sino también, bueno, en fin, una política pública en otro sentido.

AB: Desde lo educativo, por ejemplo, ¿no?

AL: Sí, evidentemente: desde lo social y, en fin, más de prevención y derechos humanos, y no tanto de seguridad nacional y de reacción. Y no sé, no sé qué más. ↓

(día 2)

Chucho Cruzvillegas
Angelita Fuentes



DAVID MIRANDA [DA]: Buenas tardes, gracias por venir. El día de hoy es la segunda charla del proyecto de *Autodestrucción 2*, de Abraham Cruzvillegas, y vamos a dar inicio. Gracias.

ABRAHAM CRUZVILLEGAS [AB]: Buenas tardes, perdón por hacerlos esperar. Voy a hacer otra vez una breve introducción al proyecto. Hace un par de semanas hicimos la primera sesión de diálogos públicos; me referiré también brevemente al proceso de esta obra y su función. El proyecto viene de una serie de exposiciones, de publicaciones y otras pequeñas obras, esculturas, que se llaman *Autoconstrucción*, que he estado haciendo en los últimos años y que se han expuesto en distintos lugares. Ésta es la segunda de un proyecto que se llama *Autodestrucción*, que es una secuela, vamos a decir, de *Autoconstrucción*. Para mí la idea de la autodestrucción se refiere a una voluntad reflexiva sobre la identidad, la identidad individual como un espacio de crisis, como una permanente transformación en la que uno tiene que destruir partes importantes de lo que uno es, o de lo que uno cree que es, para pretender ser mejor o pretender ser otra persona, para seguir siendo el mismo de alguna manera.

La idea de este proyecto es procurar un espacio mío, en donde yo abundo en una crisis mía como individuo, como artista, como ciudadano, para poder erigirme en alguien

mejor, como dije. Obviamente esto parece imposible, pero hay la voluntad.

Entonces, físicamente esta exposición se compone de materiales que proceden de una demolición, que es la demolición de una casa donde voy a vivir próximamente con mi familia en la colonia Tacubaya. Es una casa de finales de siglo XIX que adquirimos recientemente. La calle es Veramendi, entre avenida Jalisco y Parque Lira, número 17, ahí tienen su humilde casa. [risas]

Y bueno, la idea es que esta casa estuvo habitada por varias generaciones de la misma familia. Entonces requería un mantenimiento intensivo e intenso en poco tiempo. Para poder habitarla ahora fue necesario demoler partes de la casa y, a partir de ese proceso, pedí a los albañiles, a los obreros de la construcción, que rescataran algunos materiales de la demolición para poder utilizarlos en una escultura. A ciegas tomé lo que ellos seleccionaron y lo traje al museo, improvisé una semana, en complicidad aquí con David y con Paola, y con la gente que nos apoyó en el museo para construir esta escultura. Improvisando; no traía yo ninguna maqueta, ningún boceto, sino que fue trabajar un poco en espiral, orgánicamente con los materiales que me dieron los albañiles. Entonces mi idea, obviamente, no era generar una casa ni mucho menos, sino jugar con los materiales apuntando a un espacio lúdico que es también,

desgraciada o afortunadamente, sólo mío o de la gente que trabajó conmigo.

En fin, quería utilizar este espacio, esta escultura, como una especie de ágora, en el sentido viejo de la palabra; como un espacio público de discusión pero, en vez de ubicar temas de la realidad, como la contaminación o la corrupción o la pobreza o la hambruna, decidí invitar a la gente que es hipotéticamente más cercana a mí como individuo, que son mis familiares, para hablar de lo que ellos saben y de su trabajo, de su experiencia, con el plan de disciplinar la discusión en público. Es decir, yo con Chucho, que es mi hermano, que está aquí, junto a mí, puedo ir a tomarme unas caguamas y discutir de lo que queramos sin ningún problema, pero nunca lo hacemos disciplinadamente, ordenadamente.

Entonces, éste es un espacio al cual es posible entrar en una forma rigurosa en cuanto a la discusión; que tampoco significa academia, porque no soy ni somos, ni Chucho ni yo, académicos. Pero sí nos preocupan cosas en común y creemos que podemos discutir frente a ustedes o con ustedes. Entonces, también vamos a dialogar mi mamá y yo; Angelita, que está aquí enfrente de mí y quien quiera hacer preguntas para interrumpir y participar de este espacio. Muchas gracias.

AB: Bueno, voy a empezar preguntándole a Chucho quién es, que parece una pregunta estúpida, pero creo que es importante porque nadie está obligado a saber quién es Chucho. Chucho, ¿dónde estudiaste?

CHUCHO CRUZVILLEGAS [CH]: Bueno, soy Jesús Cruzvillegas, deberían saberlo. Yo estudié en la Universidad Nacional Autónoma de México, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales; absurdamente estudié dos carreras, realmente, bueno, sí me han servido mucho para la reflexión y para poder ver la realidad y los asuntos del Estado y lo social de una manera un poco más ordenada, ciertamente, pero lo que sé lo he aprendido de la experiencia, de la vida cotidiana. Estudié Ciencia Política y Sociología, no me pregunten qué significa, porque ni siquiera los grandes teóricos se han puesto de acuerdo en definir la ciencia política o la sociología. No. Es un debate abierto, todavía no se define.

AB: En términos más específicos, probablemente especular sobre el perfil profesional de Chucho sería una discusión bizantina, pero creo que es importante. Pues sí, lo voy a visualizar: Chucho efectivamente estudió Ciencia Política y Sociología, y quizá abundaríamos en el espectro teórico de cuál es el modelo de, vamos a decir, de la plataforma sobre la que te formaste, y podríamos decir que es un sociólogo del postestructuralismo. Pero en realidad a Chucho lo que le interesan son las cumbias, y le interesa también la ecología, por ejemplo, y le interesa también la corrupción, le interesan las chicas también...

CH: ...y las no tan chicas.

AB: Y las no tan chicas, dice. Pero bueno, el punto más bien es que la reflexión tendría que ir sobre la configuración del perfil profesional que en alguna época sería probablemente envidiable, a lo mejor en la Edad Media. Ahora se habría llamado un diletante, tal vez, pero yo no..., ahora sí que no soy yo quien juzgaría o pondría esa etiqueta. En cambio pregunto, ¿a qué te dedicas?

CH: Bueno, en concreto, si pudiéramos definir, soy un defensor de derechos humanos y un activista; no, un promotor cultural; estoy muy interesado en, digamos que éstas son las dos cosas a las que me dedico. Soy integrante de una organización de la sociedad civil que se llama Comité de Derechos Humanos Ajusco, que pertenece al Sistema de Derechos Humanos de la Compañía de Jesús. Digamos, el Comité Ajusco fue fundado al mismo tiempo que el Centro Pro; y..., pues escribo sobre distintos temas para algunas publicaciones, entre ellas, por ejemplo, la revista de diseño *Folio*. Y soy asesor en asuntos políticos, en campañas políticas, por ejemplo.

AB: Hay varias cuestiones que me interesa que menciones de tu experiencia profesional; una obviamente es la política; tú has participado, vamos a decir, de varios espectros de la vida política de México, incluyendo partidos políticos. ¿Podrías hablar de eso? Fuiste candidato para diputado de un partido, has hecho campañas en defensa del ecosistema, entiendo que eso también fue parte de tu actividad política, ¿podrías profundizar un poco sobre esto?, ¿desarrollarlo?

CH: Sí, bueno, yo creo que esta cuestión de ser como estas bandas que tocan en las bodas, versátil, ¿no?, muy versátil, creo que tiene que ver, primero con la cuestión familiar.

Mi papá era un artista, fue un artista también muy versátil por su formación. Él era músico, tocaba el piano, el órgano, pintaba desde obras de pequeño formato hasta formato mural, ¿no? No sé si se diga así. Y al final, pues, también fue artesano la mayor parte del tiempo y después profesor universitario, fue fundador..., uno de los cinco fundadores de la Universidad Autónoma Metropolitana en el proyecto que fundó Pedro Ramírez Vázquez, ¿no? Entonces, justo lo que buscaba el arquitecto Ramírez Vázquez era invitar a profesores que no tuvieran una trayectoria académica como tal. Por eso invitaron a mi papá, que originalmente era filósofo de formación, era artista y de esto vivía. Y después estudió Comunicación Educativa en la UNESCO, pero entonces, digamos, que buscaban gente rara, como papá, así, que tuviera muchas actividades, y a otros personajes que igual no tenían una formación escolar, como un personaje que cuando yo era niño lo admiraba mucho, se llamaba Paco Fuentes. Él era, fue diseñador gráfico sin que existiera la carrera de Diseño Gráfico. Era un ilustrador que trabajó mucho tiempo en Estados Unidos y en compañías de México, en fin.

Entonces, por un lado sí me interesa mucho la cultura; por otro lado, por la cuestión, por la conciencia social, por mi mamá, y ella les podrá contar en un rato su historia y su perfil, pero mi mamá, mi papás, pues, son prácticamente los culpables de que yo esté en estos dos mundos.

Luego, pues es muy importante la presencia de mi hermana Eréndira, quien todavía rige en mi vida y es como una tirana, ideológicamente; por eso me dedico a la cuestión de derechos humanos. Y pues por ti también soy así, ya que desde niño siempre los he admirado a los dos, ¿no? Entonces, también he participado desde muy joven en la arena política. Siempre he estado interesado en participar en la política de manera formal porque, aunque no lo crean, todos ustedes hacen política, todos los días, incluso decir: «Odio la política, me caga la política» es político, es una postura y es una actitud, ¿no?, es un referente político. «Me cagan los partidos, me cagan los políticos» es una postura política; yo no soy heredero de esta cuestión de tradición ideológica del '68, o sea, yo no creo que el cambio... o de las guerrillas, etcétera, yo no creo que los cambios en la sociedad se den de manera violenta, sino que se tienen que dar de manera paulatina y pacífica, cosa que tal vez para algunos signifique que soy un cerdo reformista, ¿no? Y no un revolucionario que quiere salir a las plazas.

Entonces, estuve desde muy joven afiliado al Partido de la Revolución Democrática y ahí participé en varias campañas, de donde somos, en la colonia Ajusco, en la delegación Coyoacán, cuando empezó el cambio democrático en la ciudad de México, fuimos partícipes —los vecinos, mi familia—. También desde antes, no sólo en el PRD, sino participábamos en campañas como la cuestión con la Alianza Cívica, por ejemplo, que era para democratizar el sistema electoral, etcétera. Y después me salí del PRD y estuve en un partido muy absurdo, pero muy interesante, que se llamó México Posible...

AB: ...el México foxible...

CH: Ajá, me llamó mucho la atención porque apoyaba la despenalización del aborto, porque apoyaba la unión de parejas del mismo sexo y porque, principalmente, apoyaba la legalización de las drogas, ¿no? Y por lo menos ese formato ideológico para mí fue muy atractivo, mientras que el PRD para mí, en ese momento, era un grupo de tribus que repartían... que reparten despensas. México Posible me parecía, tal vez ingenuamente, por lo menos ideológicamente, más atractivo, por la cuestión de las drogas, la cuestión del aborto y la cuestión de las parejas del mismo sexo. Fui candidato por ese partido, creo que fue una experiencia muy importante y de ahí surgió mi pasión por las campañas políticas y después, por su parte más oscura, que son las campañas mediáticas, que es en donde yo participaba.

Y después, cuando ese partido pierde el registro, estuve en el heredero de ese partido que se llamó Alternativa

Social Demócrata y Campesina. También fui candidato por ese partido e impulsamos la candidatura de Patricia Mercado, y tal vez lo más relevante de ese fugaz partido político, chico e insignificante, pues fue que gracias a la propuesta de este partido y al impulso con varias organizaciones de la sociedad civil, se logró la despenalización del aborto en la ciudad de México y el matrimonio de las personas del mismo sexo, pero no hay que olvidar que fueron los partidos políticos de izquierda de esta ciudad PRD, PT, Convergencia y Alternativa Social Demócrata los que los impulsamos por primera vez; y, bueno, ya no se logró lo de las drogas, pero yo creo que en algún momento vamos a seguirlo impulsando. No se trataba sólo de la marihuana, realmente la marihuana para mí es como un té medicinal, no es droga; creo que el debate no se centra tanto en la marihuana sino en otros tipos de droga, en las más fuertes.

Y bueno, con la cuestión del medio ambiente pues yo era, en ese partido, el encargado: justo de los temas ambientales, y ahí fue donde hicimos muchas campañas con personajes muy relevantes para esta ciudad. Uno de ellos se llama Daniel Gershenson, quien es uno de los ambientalistas más importantes de este país. Con él tuvimos una batalla moral y política contra Marcelo Ebrard en un tema muy grave y que muy pocos conocen, que es el tema de los espectaculares, o los anuncios espectaculares, o los *billboards* contra los árboles de la ciudad.

Ustedes, cuando van por el Periférico, por Insurgentes, por el Viaducto, y ven los espectaculares, es porque han sido sacrificados 60 árboles en el ángulo de visibilidad de ese anuncio y curiosamente estas empresas lo hacen de manera ilegal, porque está prohibido talar y podar los árboles de la vía pública; si ustedes tienen un árbol afuera de su casa o edificio y tienen una razón para cortarlo o podarlo, es decir, que está levantando el piso o está afectando la estructura de la casa, tienen que pedir permiso a la Delegación y es todo un pedo burocrático infernal. Y si lo hacen por su propia cuenta, llega la policía y los lleva detenidos. Sí, sí, sí, se los lleva detenidos. Entonces, nosotros, los ciudadanos comunes y corrientes, no podemos hacerlo, pero las grandes empresas, que además son de las empresas con más ganancias y más dinero, o sea, no nos imaginamos cuánto cuesta rentar un... bueno seguramente alguien de ustedes sabe, miles... o sea, sale en un varote rentar.

Los anuncios espectaculares son de un grupo muy mafioso, son unas cuantas familias, entre ellas la señora del PAN, ¿cómo se llama?... Wallace se apellida. Son de un grupo gangsteril familiar que controla todos los espectaculares y el gobierno del Distrito Federal no los persigue, no los mete a la cárcel, no los sanciona y al contrario, lo que nos dijo Marcelo Ebrard fue: no puedo pelearme con los espectaculares porque entonces para mi campaña presidencial no me los van a rentar.

Entonces, con esta lógica hicimos una cosa muy valiosa, todavía a la fecha, eso fue en 2007, 2008, hicimos un registro con biólogos, con Ricardo Rojas, con Gershenson,

incluso con el presidente del partido que ahora me da mucha pena decir que fue de mi partido, que se llama Jesús Robles Maloof, que es un... *ps*, ahora es un líder de opinión del Twitter y ese rollito. Pero él fue el presidente del partido y estuvo con nosotros también en esta campaña. Hicimos un registro de todos los árboles talados, cortados ilegalmente por las empresas de espectaculares de la ciudad de México; recorrimos las principales avenidas durante un año, para demostrarlo hicimos todo un registro fotográfico y de video para culpar a las empresas espectaculares del daño a un patrimonio común de todos los ciudadanos, que es el árbol público.

AB: Bueno, esta experiencia o estas experiencias que cuentas me llevan, un poco, a insistir sobre lo que dijiste, sobre la participación ciudadana. Creo que, más allá de pertenecer o militar en un partido político y tomar parte en estos eventos, es importante apelar un poco a la voluntad o a la capacidad de la gente para ser agentes también de esta conciencia y de estas actividades, insisto, más allá de la militancia. Me parece muy interesante lo que dices de la crisis del impulso revolucionario, como que tú no eres partícipe de ése, de eso de lo que yo sí me siento parte.

Yo nací en el año 1968, y me siento parte de ese impulso y de esa voluntad de transformación que sí significa para muchísima gente un parteaguas histórico; me interesa más, posiblemente, tu percepción —metafóricamente y no— de la transformación de la sociedad a través de la imagen del terremoto del '85, que tú eras un niño cuando eso sucedió pero de algún modo también afectó según yo, tu percepción.

Es otra crisis, vamos a decir, que también es una revolución, a lo mejor, gracias a las capas de la Tierra, a la geología, pero también es algo que transformó a la sociedad. Me interesa que vayamos a otro territorio, a partir de esto que acabas de decir, de tu experiencia, y de qué manera esto tiene que ver con tu otra gran pasión que es la música. Cómo de alguna manera podemos concebir en el espacio público, en la voluntad participativa, en la voluntad del activista, tu trabajo haciendo cumbias; yo sé que hay algo que compartimos y que muy probablemente algunos de ustedes comparten, en la fiesta, en la pachanga callejera; cerrar la calle con piedras, poner un sonido y tirar chancla en la calle, es tepiteño, es ajusqueño, es de Santo Domingo, es de Pantitlán; y hacerse del espacio público no es nada más cerrar la calle y chupar y fajar en la calle, también hay la voluntad de apropiarse del espacio público políticamente. ¿Cómo podrías hablar o qué puedes decir sobre esto, Chucho?

CH: Pues es que fueron muchas cosas... ayer falleció uno de los personajes más fundamentales de la historia de este país, que tal vez muchos de ustedes no saben quién fue: Arnoldo Martínez Verdugo. Él fue un dirigente de izquierda de este país, y justo...

AB: ...comunista.

CH: ...sí, claro, comunista, y curiosamente fue... era artista, era pintor egresado de La Esmeralda, Arnoldo Martínez Verdugo, un viejito, ¿no? Pero a lo que voy es que él tenía el planteamiento al revés, o sea, él venía de la clandestinidad, luchó durante cuarenta años en el Partido Comunista cuando estaba prohibido pluralmente, estaba prohibido, con cárcel, ser comunista en este país, ¿no?

Hace rato teníamos una charla con Sol sobre la dictadura, aquí claro que vivimos una dictadura, aunque no formal como con Pinochet pero Arnoldo justo siempre estuvo contra los dogmas del comunismo estalinista. Se metió en problemas con los rusos cuando protestó contra la invasión a Polonia, protestó contra la invasión a Afganistán. Siempre apoyó, por ejemplo, esta visión de las feministas, y en ese debate del género, cuando los comunistas rígidos decían: no, las mujeres deben tener hijos para que seamos más revolucionarios, más trabajadores, más a la lucha, por el socialismo, y entonces, justo él, Arnoldo, era lo contrario. Vamos a institucionalizarnos, vamos a entrar al Congreso, al juego electoral y hacer que el Partido Comunista entre a las elecciones y poder hacer los cambios. Creo que gran parte de la vida democrática actual, por lo menos que haya... ¿Cómo se llama cuando un partido entra a otra área?

AB: Alternancia.

CH: Alternancia, la alternancia en el poder no tiene que ver con gente como Arnoldo Martínez Verdugo, que fundó el PRD. Si a alguien le debemos que la izquierda ahora, con sus pros y sus contras, gobierne la ciudad de México, es por gente como Arnoldo que dijo: dejemos la clandestinidad, dejemos esta idea de revolución armada, etcétera, y entremos al ruedo democrático, ¿no?

Y... pero, ¿qué más preguntaste de la cumbia? No, bueno, la cumbia es todo un tema; es realmente mi pasión, tiene que ver mucho con nuestro perfil. Nosotros somos populacheros, ¿no?, completamente. Somos de una colonia popular, de la colonia Ajusco Coyoacán y, pues, por dónde empezar: la (costa) de Colombia. No, pues realmente la cumbia, si se ponen un poco a escuchar con más detenimiento, tiene una cuestión social y de protesta inherente; la cumbia es la fiesta *cumbe* y es la música de los esclavos de Colombia. Surgió en Colombia y después, por un acto de magia, no lo sabemos todavía, recorrió el mundo, toda América Latina.

Pero la cumbia es de cuando a los esclavos negros, en las haciendas de Colombia, los dejaban festejar una vez al año y era para que se juntaran los negros con las negras, o sea, era para que se reprodujeran como ganado, para decirlo de una manera más sencilla. Quedan muy pocos elementos actualmente, o sea, lo que nosotros escuchamos ahora: Los Ángeles Azules, Damas Gratis, si quieren, Afroditá, Changorama también, quedan muy pocos elementos

originales de la cumbia, pero queda el más grueso, el más significativo, el más social que se llama *la cadena*, que es el «*shhk... shshhk-sh shshhk*», todo lo que se aprecie como cumbia tiene ese sonido y eso representa las cadenas de los esclavos, eso significa.

Y después, los temas de las primeras cumbias de las que se tiene recuerdo, porque, obvio, se han perdido y queda muy poco registro de la cumbia original, son los cantos que narran cuando la negra o el negro se escapa de la hacienda esclavista; las letras y la música tienen que ver con «cuando veas la hoguera en el cerro soy yo, te estoy saludando mi amor; cuando escuches los tambores a lo lejos, soy yo, te extraño». De eso tratan los primeros temas de la cumbia y ya después viene todo un desarrollo, pues todavía no se explica cómo pasó, bueno, sí se explica que pasa la cumbia a Venezuela y Ecuador, y después a México, y de ahí viene su internacionalización y cómo se conecta a lo que me dedico de derechos humanos o...

AB: Más bien creo que la pregunta es: ¿de qué manera las cosas se encadenan? Hay una parte que a mí me llama la atención sobre, digo hablando de cadenas. De la... un poco la parte festiva que yo creo, no es privativa de la cumbia, está en toda la música y tiene que ver con un espacio necesario e indispensable de la sociedad que es el festejo, que es estar juntos, y que de algún modo se colapsa —de alguna manera para mí, en mi percepción— la parte eficiente, productiva del capitalismo. Es decir, es una actividad que no significa, vamos a decir, estrictamente el espacio productivo, el espacio eficiente, y en ese sentido hay un espacio de cierto grado de subversión en el festejo, en la pachanga y en el estar juntos para estar juntos.

Yo quisiera saber de qué manera tú, si es que existe, percibes un vínculo entre tu activismo político y tu necesidad de reflexionar y participar de ese espacio de festejo subversivo que es la pachanga, si es que existe.

CH: *Pus*, no sé propiamente, se me hace como muy forzado, ¿no? Pero es que, al final la fiesta siempre está, la cumbia es mágica, incluso...

AB: Pero la música disco también es mágica.

CH: No, a mí no me gusta, por ejemplo.

AB: O el rock es mágico.

CH: No lo sé, yo, eh, no sé. Siguiendo pregunta.

AB: No, sí me interesa saber, a mí personalmente me interesa saber por qué esa necesidad, o sea, por qué insistir profesionalmente en el espacio del festejo. Sí me llama la atención que es una actividad, pues. Sí hay mucha gente, lo digo en serio, que me pregunta ¿a qué se dedica Chucho? Por eso describía yo esta especie de nebulosa del perfil

profesional que para mí significa la desestabilización del perfil profesional del especialista, por ejemplo, el que sabe casi todo de casi nada. Chucho sabe muchas cosas de casi todo, en realidad, pero también hay una parte que sí me hace preguntarle, y lo digo como eso, disciplinadamente, ordenadamente, ¿a qué se dedica Chucho? Y no es porque quiera meterme en tu vida privada. Me interesa abundar en la sociedad contemporánea. ¿Qué significa ser Chucho?, o sea, ¿por qué es importante ser Chucho?

Insistir en el espacio de festejo, insistir en la cumbia, podría ser cualquier otro tipo de música, o sea, para mí no es tan importante: sí está bien entender lo de las cadenas y la historia de la cumbia, okey, sí me interesa, pero me interesa más en términos del individuo en la sociedad contemporánea. ¿Por qué?, ¿para qué?, ¿qué significa?, ¿cómo en tu devenir histórico aterrizas en el territorio de la cumbia?, ¿por qué? ¿Qué tiene que ver Arnoldo Martínez Verdugo con la cumbia?, ¿qué tiene que ver el organizar eventos para golpear a un político como Ebrard? Que es importante también, no sólo porque es Ebrard, sino al que es la autoridad, colapsar esa catedral, colapsar al poder, pero también está la cumbia. ¿Por qué la cumbia? Sí es importante para mí.

CH: ¿Por qué la cumbia? Porque me gusta. Yo tuve una epifanía cumbiera, o sea, sí me lo pregunté realmente en un momento, es una cuestión sociológica, al final. Me he adentrado en el campo de la cumbia hasta llegar incluso a interpretarla por un interés sociológico claro. ¿Qué pasó?, ¿qué fue lo que sucedió?

Y creo que sí soy de los pocos especialistas en cumbia que hay en este país, que hemos podido hacer un recorrido histórico de algo que es una música tradicional folclórica nacida en un pueblo de Colombia, en el pueblo de Soledad, o sea, ni siquiera es una región, es un pueblo.

¿Cómo llegó a Iztapalapa?, ¿cómo llegó a Argentina?, ¿cómo llegó a Perú, por ejemplo? Si le rascas un poco tiene que ver con la sociología política. Uno de los elementos de la cumbia peruana amazónica es la guitarra, es el legado de Perú a la cumbia. «La cumbia de los pajaritos» es el ejemplo más concreto y es interesante que procede de una motivación de movilidad social, porque los fresitas de los años sesenta, o *pitucos* les llaman ellos, de Perú, querían tocar rock, querían ser como los Beatles, que querían tocar psicodelia, pues. No pudieron porque la dictadura, no sé en que momento el dictador enloqueció y prohibió el rock, y que se tocara el rock, ¿no? Bueno, también Díaz Ordaz prohibía aquí las tocadas de rock, ¿no?

AB: Menos a su hijo, ¿no?

CH: Ajá, a su hijito Gustavito. Y entonces pues los chicos músicos en Perú no tuvieron alternativa más que tocar cumbia, porque eso sí estaba permitido. Entonces, pues le dieron ese aporte a la cumbia, dándole ese toque medio rock, medio Jimi Hendrix, pero cumbia al final. Tiene que ver con la

dictadura en Perú. Como —vamos a Argentina— si le rascas un poco, la cumbia villera es una respuesta en la década de los noventa muy cruda, muy ruda: hablan de drogas, de sexo, de crisis, de pobreza, como que se hace más gruesa la temática de la cumbia villera, y es una respuesta a todas las crisis políticas y económicas que vivió Argentina, donde tenían un presidente cada tres días, o cada semana.

AB: Gorila, ¿no?

CH: No, ya en la etapa democrática. Y bueno, pues si nos fijamos, en México hay muchos ejemplos. El lugar en donde más saben de cumbia y más la gozan es en Monterrey, por ejemplo.

AB: Las rebajadas.

CH: Ajá, ahí es su onda, y tiene que ver, pues, también con la respuesta, digamos, de las clases más marginales de Monterrey que con todo este supuesto auge industrial durante 30 años de milagro económico. Digamos que es como la música de los pobres, es muy marcado en Monterrey, quien escucha cumbia es porque realmente es de la clase trabajadora... Pero... creo que sigo sin contestar, ¿no?

AB: Creo que es justamente buen momento para que hables de tu experiencia profesional en la cumbia, de las bandas que has hecho con tus amigos, con Jaxx y Odin, con Abi y de las pachangas ¿cómo funcionan?, ¿dónde tocan?, ¿qué tipo de música es? Estaría buenísimo que la pudieras tocar ahora, pero, bueno, no sé si traes muestras.

CH: No. Siempre me ha gustado escribir canciones. De hecho estuve en una banda con unos amigos que se llamó Los Pellejos. Fui fundador de esa banda con amigos artistas, pero, *ps* ellos tocan rock y a mí no me gusta el rock. Entonces, esa fue una de las razones por las que me salí de la banda, y después por cuestiones muy azarosas conocí a dos músicos jazzistas productores de hip-hop, un pianista y un guitarrista, Jaxx Landry y Odin Ramírez. Realmente yo lo que quería hacer era un video musical en un principio y, entonces, quería una protagonista; invité a una amiga que se llama Abigail para que saliera cantando en el video, Abigail Nieves, y después nos hicimos muy buenos amigos con Jaxx y Odin, y pues surgió la idea de hacer una banda, hacer más canciones, hacer tocadas, etcétera.

Desafortunadamente ese grupo ya no existe —La Diabla & Low Sistem— porque Abigail está estudiando un doctorado de Filosofía de las Ciencias en la UNAM, y su agenda no le permite ir.

AB: Porque La Diabla estaba estudiando.

CH: Porque *La Diabla* estaba estudiando, además, realmente fue una cosa muy difícil, porque yo a fuerzas quería que

fuera un grupo de cumbias y a ella no le gustan las cumbias, entonces... ella quería ser como M.I.A., pero de «*petatiux*», ¿no? Entonces, al final fue una experiencia muy chistosa, pero ahora justo cuando nos preguntan de la historia de la banda pues empieza completamente al revés, ¿no?, o sea, por lo regular la banda es un grupo de amigos que se conocen, tocan en un *garage*, tocan, hacen su gira y hacen un video musical. Así era en los ochenta.

Aquí, ahora es al revés: empezamos con un video musical, después hicimos las canciones, después hicimos las tocadas, después nos hicimos amigos y bueno, ya después Jaxx y Odin como son grandes conocedores musicales, se enamoraron de la cumbia, y entonces decidimos hacer un grupo musical solamente de cumbia.

AB: Sin Diabla.

CH: Reggaeton —sin Abigail— que se llama La Problem Child Ya, y vamos a tocar hoy, esta tarde, en un... va a ser un momento histórico esta tarde, porque nos invitaron a tocar en un lugar tradicional que se llama La Cantera Huasteca, que es una casa, un patio por la Basílica de Guadalupe que tiene 40 años llevando grupos de música huasteca. Trae músicos de Querétaro, de San Luis Potosí, etcétera, a los grandes exponentes de la música huasteca y del huapango. La Dinastía, Los Alacranes, La Nueva Dinastía.

Pero esta tarde, esta noche, 25 de mayo, además de que, bueno, fue nuestra charla. En la tarde vamos a tocar ahí. Por primera vez se va a tocar música que no es huapango y van a estar unos sonideros increíbles que se llaman Sonido Charrito; va a estar un grupo que se llama La Pura Piña, que tocan cumbia pero cumbia con jarana, violín, acordeón y tres cubanos, entonces realmente suena como, bien raro, pero está superbién, y luego tocamos nosotros. Cerramos, como siempre. La Problem Child cerrando con broche de oro, lo que les quería enseñar es... ¿No sabes dónde está mi mochila? Éste es el volante oficial, el logotipo es una chava que se está levantando la falda y originalmente se veía la vagina, pero entonces el señor, al llevar a imprimir los volantitos, le puso calzones con una pluma, entonces, pues sí es muy tradicional el lugar. Es a las seis de la tarde, por la Basílica de Guadalupe, y pues están todos invitados. Aquí están los volantes para quien quiera.

Y, no, bueno, pues ¿a qué se dedica Chucho...? Pues yo realmente trabajo en una ONG de derechos humanos, trabajo en campañas políticas. A mucha gente no le gusta que hable de las campañas donde trabajo, por cuestiones ideológicas, pero pues ahora estoy participando mucho en el Comité de Derechos Humanos Ajusco, es una organización de las más importantes de la ciudad, por lo menos históricamente hablando de las ONG de derechos humanos en la ciudad, Y ahora estoy en varios procesos muy importantes en el tema de los derechos humanos en la ciudad, uno de ellos es el de las personas defensoras de derechos humanos.

Aunque no lo parezca y parezca que ésta es en una burbuja de tranquilidad relativa en la ciudad respecto a otros estados como Chihuahua, como Oaxaca, pero en el D.F. también son perseguidas las personas defensoras de derechos humanos. En el D.F. también han muerto personas defensoras de derechos humanos y son perseguidas y satanizadas, porque, por ejemplo, a nosotros nos causa mucho escándalo Atenco, ¿no?, que golpearon mujeres, que, etcétera, pero no nos escandaliza y nadie critica la gran represión de Marcelo Ebrard contra los opositores de la supervía.

Fue gravísima la respuesta gubernamental a las protestas ciudadanas que tenían justa razón, porque está demostrado que la supervía va a dañar los mantos freáticos de la ciudad, que bajan de Cuemanco y de Santa Fe para abastecer de agua a la ciudad. Entonces, digamos, que Atenco es como si... digamos, sí porque era Peña Nieto, y porque es el Estado de México. Pero aquí Marcelo Ebrard persiguió, y además diciéndoles «ustedes están en contra del desarrollo de la ciudad y ustedes están pagados por el PAN», cuando en realidad son personas que al contrario, eran perredistas comprometidos nomás que, pues, no estaban de acuerdo. Eran un estorbo para los grandes negocios con las corporaciones que tiene el gobierno del Distrito Federal. Y todo el daño ambiental que hace el Metrobús, que hacen las grandes obras de infraestructuras como los segundos pisos y la supervía.

Entonces, sí, yo soy parte de ese equipo de especialistas de las organizaciones de la sociedad civil. Muy influido por mi hermana Eréndira que, digamos, es como mi heroína, hicimos un diagnóstico primero para conocer la situación de las personas defensoras en el Distrito Federal, ahora se va a meter al programa de derechos humanos del D.F. Y estamos en el diagnóstico de derechos humanos de Coyoacán como para una cuestión más local y en varias redes muy importantes somos fundadores; yo soy fundador de varias redes, una se llama Contrapeso, que es una alianza de organizaciones contra la obesidad y el sobrepeso en México. Digo, soy gordo, pero estoy luchando porque hay una gran catástrofe y no nos estamos dando cuenta de la salud de las niñas y los niños de este país, y que a veces les cuesta mucho trabajo a mis compañeros de las ONG que están en este rollo de que hay muchos desaparecidos, muchas personas muertas por la lucha al narcotráfico, o sea, vivimos una tragedia, vivimos una guerra el sexenio pasado, pero en el sexenio pasado... 2006-2012, nos cuesta trabajo todavía que nos caiga el veinte de que en México murieron más personas por diabetes y cáncer que por la guerra al narco. Son enfermedades crónicas no transmisibles y las grandes corporaciones son culpables de esa tragedia.

Es obvio que el Estado mexicano no está dándole salud a las mexicanas y a los mexicanos, pero son las grandes corporaciones, Coca-Cola, Bimbo y todas las demás, las culpables de que nuestras niñas y niños estén gorditos y estén diabéticos ya desde niños. Es la primera vez en la historia

de México que los niños están más enfermos que sus papás, y no al revés, y entonces por eso, por esa cuestión que tiene que ver con derecho a la alimentación, con el derecho a la salud, tiene que ver con derechos humanos, el Comité Ajusco y yo, con otras organizaciones de todo tipo, incluso de derechas...

AB: Panistas.

CH: Sí, sí. Estamos en este rollo para hacer campañas y creo que sí ha funcionado. Últimamente la alianza por la salud y la alianza alimentaria han hecho buenas campañas mediáticas contra estas corporaciones, incluso, no sé si vieron un video donde capturan al Tigre Toño y a Ronald McDonald. Está muy bueno.

E incluso, aunque parezca raro, porque como siempre nos han dicho a los activistas por todo, nunca vas a poder... pues Coca-Cola ya contestó. Ahora sus anuncios dicen: «Si bailas toda la noche bajas las calorías que te tomaste de la Coca-Cola». «Si corres todos los días en el parque bajas las calorías». ¿Sabes? Pero al final es una respuesta y poco a poco... creo que es importante cuando te pregunten Chucho a qué se dedica, pues, que vean Contrapeso, Alianza por la Salud, Comité Ajusco.

ANGELITA FUENTES [AF]: También haces canciones.

CH: Ah, sí..., mi mamá, la madre gorkiana... Voy a citar para cerrar porque ya se acabó el tiempo. Yo fui un niño que creció en un mercado público. Mi mamá tenía en el mercado un puesto de ropa en el local 5, y yo todo lo aprendí, todo lo bueno, lo malo, la traición, el amor, todo lo aprendes de chavito. Yo lo aprendí con los del mercado y con los personajes del mercado, y es bien interesante porque justo a ustedes que son mayores que yo, les tocó otra época. En La Ciudadela, o sea, otra etapa de mi familia, pues cuando vendían artesanías en La Ciudadela y en San Ángel, en La Carreta, a mí me tocó más la etapa con mi mamá en el mercado de La Bola, y hay un personaje fundamental en la historia que se llama *El Tetos*, que es un taquero, y él es uno de los grandes especialistas de rock que conozco. O sea, para él José Agustín es un payaso farsante, realmente *El Tetos* y Daniel Guzmán son dos amigos míos, son los que más saben de rock, sobre todo de rock en México. Y él me decía: «cuñado —porque me decía cuñado—, cuñado, es que a ti te toca la difícil labor —porque yo estaba chavito, tenía ocho años, y ya desde entonces *El Tetos* me decía cuñado—, a ti te toca la difícil labor de ser un *crossover*, de ser un *wey* que enlaza mundos distintos y distintas visiones de las cosas» y, pues sí, al final sí, *crossover*.

AB: Sí, sí, está bueno. La verdad es que sí es muy buen cierre. Me late mucho la idea, como en la noche ir a La Cantera, escuchar la cumbia de la diabetes o escuchar la cumbia de

la supervía, o la cumbia de *El Tetos*, o la cumbia del *Crossover*. Pero no sé si alguien tenga una pregunta antes de que hagamos una breve pausa.

CH: No, yo quiero cerrar con otra cosa.

AB: Paola tiene una pregunta antes.

PAOLA SANTOSCOY [PS]: ¿Qué onda con la música y las campañas políticas, o esa relación?

CH: Ah, bueno, pues es fundamental. Yo prácticamente en las últimas campañas en las que he participado, curiosamente es muy buena pregunta, yo he hecho *jingles* políticos. Sí, he hecho *jingles* bastante buenos.

AN: ¿Cómo cuál o cómo qué?

CH: Pues en el Estado de México, «*Eruviel, tráenos agua para el barrio Eruviel. Mi voto es tuyo, a tu trabajo Eruviel*».

AB: Y también la que cantaba Juan Gabriel, la de...

CH: ...la de ni temo ni... bueno, ésa no la hice yo.

AB: Bueno, pero sí hay, como...

CH: Sí, claro, tiene que ver mucho. Soy, cómo le llaman en las empresas, soy el creativo.

PÚBLICO [P]: ¿Descalificas, como dijiste al principio, la lucha armada? Por ejemplo ¿al EZLN?

CH: Obvio no descalifico. Por ejemplo, del Ejército Zapatista, me parecen muy justas sus causas, el origen es terrible, al final yo quisiera saber más; creo que surge por causas terribles como es la miseria y la marginación de los pueblos indígenas de este país, o sea, todos los indígenas de este país siguen siendo los más marginados, discriminados y pobres. Las mujeres más pobres de este país son las indígenas.

Pero sí, yo creo que al final, yo me pregunto, ¿cambió más allá de la cuestión de conciencia social?, ¿cambió algo en los Altos de Chiapas? O sea, claro que aportó algo más allá de la conciencia, pero me pregunto, ¿cambió el estado de las personas indígenas? Sigue igual o peor, ¿no?, porque están ahora divididos. El gobierno lo que hizo fue dividirlos, a unos les dio cemento y a otros no. Yo descalifico y estoy en contra de toda acción violenta: ya sea en las manifestaciones, o por maestros inconformes, o por... no sé, yo creo que no nos llevan a ningún lado sino al contrario, a más división, a

más discordia, y creo que el cambio tiene que ser por otra vía; por ejemplo, no me gusta el EPR, pero al Ejército Zapatista sí le reconozco que tiene causas muy justas.

Y ahora me preguntaría: ¿existe actualmente el Ejército Zapatista? Pues simbólicamente son muy importantes, pero en la realidad creo que ya no existen.

AB: ¿Qué más querías decir?

CH: Con lo que quiero cerrar, y es lo único que preparé realmente para hoy, es que en toda esta cuestión de tu trabajo de *Autoconstrucción* mencionas mucho la cuestión de las personas que llegaron a poblar los pedregales de Coyoacán, que construyeron las casas más o menos en una cuestión de colaboración y de hacer comunidad. Eso te tocó verlo a ti de muy chavito. A mí ya no me tocó tanto, me tocó ya cuando había asfalto, agua, electricidad, la casa estaba construida, etcétera, cuando ya había escuelas.

A ustedes todavía les tocó ir a pie a la primaria hasta División del Norte, caminar kilómetros en medio del lodo, etcétera, como anuncio de Solidaridad. Pero ahora yo en mi trabajo, en el Comité de Derechos Humanos Ajusco, vemos muchas cuestiones locales de la colonia.

A mí me toca ver justo lo que está pasando ahora, en la actualidad, con esas personas que fundaron la colonia y, justo en vez de que haya cuestión comunitaria y de hacer comunidad y etcétera, ahora es una contradicción, ¿sabes? Al paso de los años, muchos de los casos de derechos humanos que llevamos en el Comité de Derechos Humanos Ajusco tiene que ver con personas adultas mayores que son despojadas de sus propiedades, los corren de sus casas sus propias familias, incluso. Entonces son casos muy difíciles, son casos muy delicados, de por sí en México no hay garantías ni políticas sociales efectivas para las personas adultas mayores, desafortunadamente tanto para el PRI como el PRD, atender a las personas adultas mayores es darles un dinero mensual y punto.

O sea, toda la cuestión de atención social y de salud está terrible. Y en particular en la colonia Ajusco y en los pedregales de Coyoacán se han dado últimamente muchos casos de despojo y desalojo de personas adultas mayores, lo cual es de una crueldad, de una tristeza... y es real. Personas a las que de repente los propios hijos los sacan a las calles, las nueras. Nos pasa, y hay división y hay pelea por los lotes y la tierra que con tanto trabajo tú narras que se obtuvo. Entonces, es terrible ver cómo, sí de algún modo yo lo veo y me gusta mucho este modo en que tú tratas, que muchas veces suena medio idílico pero sí, fue real, o sea, sí se fundaron así las colonias con mucho esfuerzo comunitario, pero ahora vemos justo todo lo contrario. ↓



ABRAHAM CRUZVILLEGAS [AB]: Mi mamá antes de casarse vivió en una vecindad en la colonia Escandón con mi tía Amalia, Amalia Vera. Mi tía Amalia trabajaba haciendo la limpieza, cocinaba en otras casas, en casa de otras personas y era una cocinera fantástica. Todo esto es un contexto para también decir quién es mi mamá. Pero mi mamá estudió y, a partir de cierto momento en su vida, hubo una serie de transformaciones que a mí me interesaría retomar hoy, en términos de vislumbrar esta posible transformación, ya no del individuo en un sentido abstracto, sino la transformación de las mujeres en la sociedad contemporánea en México en particular, si es que esto ha sucedido. Yo creo que sí.

¿Nos puedes decir Angelita en dónde estudiaste?, ¿qué estudiaste?

ANGELITA FUENTES [AN]: Bueno, yo crecí en el barrio del Chorrito, en Tacubaya, entre Parque Lira y General Torroella, que ahora es parte ya de la San Miguel Chapultepec, pero sigue siendo el barrio del Chorrito. Es muy tradicional, en esa zona tacubayense, ¿verdad? Y, bueno, yo hice la primaria y la secundaria allí, en avenida Observatorio, y después estuve en el Poli, en la Vocacional 5 Ciudadela, y terminé en el sistema abierto ya de casada, como administradora de empresas, que no ejercí, de hecho,

porque me dediqué ya de lleno al trabajo en la galería que mi esposo tenía en San Ángel, en artesanías La Carreta, y en un negocio de artesanía que teníamos en la Ciudadela.

Ahí, en esos espacios, crecieron mis hijos; fuimos visualizando, pues, otras formas de vida y de trabajo. Yo viví la historia que muchos de ustedes conocen de la autoconstrucción, de cómo nosotros nos fuimos uniendo con los vecinos para ir, y de alguna manera tener, un techo donde vivir, porque de hecho esa zona de la colonia Ajusco, los pedregales coyoacanenses, al principio fue parte de una invasión que se generó en el gobierno... qué sé yo... como de Díaz Ordaz, por ahí así.

AB: Yo creo que antes, ¿no?

AN: Sí, sí. Sí, posiblemente todavía con López Mateos, ¿no?

AB: Pero, perdón, mamá, que te interrumpa, pero yo creo que hay un salto. A mí me interesaría retomar antes de la autoconstrucción, antes de la colonia Ajusco. Tú estudiaste Administración y me gustaría un poco que describieras, si es posible, si te interesa, también tus actividades cotidianas más o menos antes de conocer a mi papá. ¿Adónde ibas a reventar?, ¿con quién te juntabas?, ¿qué música oías?, ¿qué fumabas?, ¿con quién?, ¿con qué mano?

Lo digo un poco para vislumbrar, otra vez insisto, esta transformación. Porque si no, nos estamos saltando un pedazo, ¿no?

AN: Bueno pues yo de hecho trabajé en un banco, después de ser una marginada social. Para mí fue muy... como un avance en mi estatus trabajar en un banco, después trabajé...

AB: ¿En qué banco?

AN: Trabajé en el Banco Nacional de México que ahora es Banamex. Ahí en Isabel la Católica, en la casa matriz.

AB: ¿Y qué hacías ahí?

AN: Ahí estaba primero como asistente de crédito y cobranzas y después me fui a trabajar a Revlon, allá al sur de la ciudad, por cierto, donde vivimos, ¿verdad? División del Norte, entre Taxqueña y Xotepingo.

AB: ¿Y qué hacías en Revlon?

AN: En Revlon era ya jefa de crédito y cobranzas.

AB: ¿Qué significa eso?

AN: Bueno es que, para todos, es...

AB: Yo no sé.

AN: Bueno, ahí la actividad realmente consistía en diario recoger la cobranza a las personas que se encargan de eso; revisar las cuentas a las personas que se les daban créditos, y todavía yo me acuerdo que eran, no como las máquinas de ahora, chiquitas... computadoras, sino eran unos maquinones así horribles, grandototes, donde se procesaba toda la información. Y bueno, pues sí, la verdad yo era una persona que no tenía ninguna conciencia política, lo único que me interesaba era sobrevivir económicamente.

AB: Tu mamá, ¿a qué se dedicaba?

AN: Mi mamá se dedicaba a lavar ropa —María Vera— y ya en ese tiempo dejó de trabajar porque empezaron a comprar las gentes sus lavadoras y aparte porque yo le dije: «Bueno, pues yo ya tengo un trabajo con el que podemos vivir de diferente manera». Y nos cambiamos...

AB: ¿Y tu papá?

AN: Mi papá, Juan Fuentes, él se murió cuando yo tenía dos años. Entonces fue una crisis también muy fuerte en mi familia, porque mi papá era de los dirigentes de los tranviarios en México, y hubo una huelga...

AB: Entonces, ¿también era comunista?

AN: Pues sí. Yo creo que también algo me heredó, ¿verdad? Y bueno, pues ya cuando yo nací en ese hospital en el centro de la ciudad, en la plaza de Santo Domingo.

AB: En Santa Catarina, ¿no?

AN: Sí, sí.

AB: Está pegado, pues...

AN: Donde estaba la... bueno, todavía está, la... donde estuvo la Santa Inquisición, ahí justo enfrente, yo nací, porque mi papá no tenía trabajo, y ya no tenía ninguna prestación de nada; y ahí pues se puede decir que...

AB: O sea, ¿lo corrieron por huelguista?

AN: Sí, porque fue de los impulsores del movimiento de los tranviarios de México. En ese tiempo había muchos tranvías todavía. Estoy hablando de hace 70 años; entonces, pues muchos aquí, yo creo, a excepción mía, no habían nacido.

AB: A ver, entonces, ¿en qué año trabajaste en Revlon?

AN: Pues yo trabajé en Revlon en los sesenta, cuando el movimiento del *rock and roll* en México. A mí me encantaba toda esa onda.

AB: Ibas a bailar de repente, ¿o no?

AN: Bueno, iba a las tardeadas. Y después ya empezaron cosas más densas, y bueno, ya...

AB: ¿Alguna vez fumaste marihuana?

AN: No, fíjate que no. Fíjate que era chistoso... ahora estoy por la despenalización.

AB: Okey, bueno, olvidemos la pregunta.

ERÉNDIRA CRUZVILLEGAS [ER]: Está su hermana, la mayor.

AB: Sí, por eso.

AN: Pero sí fumaba. Bueno, debo decirles que sí fumaba, pero no marihuana. Yo fumé mucho desde los diez años hasta hace..., qué sé yo, hace cuatro o cinco años. Entonces, cuando una vez fui al médico y me dice: «Oiga, y usted ¿cuántos años ha fumado?». Le dije: «Sí. Cincuenta años». «¡Ay señora! No me esté tomando el pelo». Y le digo: «Sí, es que empecé a fumar a los diez años». Entonces... pero nunca le hice a la marihuana, digo, tuve curiosidad, pero no.

AB: Okey... O sea, no era que todo el mundo estaba en el *rock and roll*. También había gente que iba a bailar danzón o gente que iba a bailar chachachá, que era lo que a ti te gustaba. ¿Cómo era la onda en esa época?, ¿cómo era ser joven en esa época?

AN: Bueno, en el caso de mi hermana fue buena bailadora de danzón, de mambo, con su esposo. Y bueno, a ella le tocó otra época; me lleva ocho años; había una diferencia enorme. Ella estaba casada y yo, la verdad, más bien me gustaba ir a las tardeadas. Se bailaba ese rock de ese tiempo, ¿verdad? Los Rockin Devil's y los...

AB: Los Locos del Ritmo.

AN: Los Locos del Ritmo, Julissa, y toda esa cuestión un tanto banal, ¿no? Vivía en la banalidad y lo único que me interesaba era que llegara mi quincena para poder comprar la despensa y seguirle, pero no llegaba mi conciencia. Fue una transformación posterior, la cuestión de la conciencia política.

AB: Okey, en ese sentido, para ti, cuando conociste a mi papá, ¿cómo conociste a mi papá? A lo mejor vale la pena un paréntesis corto. Mi papá murió hace dos años, él fue fraile franciscano muchos años, lo que decía Chucho; tenía toda esta diversidad no sé si productiva, en la medida en que estuvo con los monjes; pintaba, tocaba música, leía en griego y en latín, cantaba en alemán, era *kapellmeister* con los franciscanos y, al mismo tiempo, era un fraile que había hecho votos de pobreza. Dejó la orden y se dedicó a producir artesanía, un poco a partir de saber pintar y aplicar el oro de hoja; vendía lo que él llamaba retablos, que eran pequeñas piezas de madera doradas con oro de hoja y pintadas. Eran flores, pajaritos, etcétera, y eso lo vendía en distintos lugares, como decía mi mamá, en la Ciudadela, en La Carreta, en San Ángel, y también en el Bazar del Sábado.

En algún punto él, por sus parientes del Estado de Michoacán, en el pueblo de Nahuatzen, vio la posibilidad de mudarse a la colonia Ajusco, donde yo crecí, donde crecimos con mis hermanos, porque muchos de sus parientes habían ido ahí en bola. Sus primos, uno de sus primos, fue quien le vendió el lote. La mitad del lote que tiene mi mamá ahora; su primo Juan Prado le vendió el lote.

AN: Gildardo, Gildardo Prado.

AB: Gildardo, perdón, Gildardo. Y en algún momento, pues yo me imagino la situación de una muchacha de aquella época que venía de vivir en una vecindad, de estar, como dice ella, batallando por ganarse la quincena, de repente ir a un... casi una situación peor, que significó eso, o sea, no lo quiero poner en un tono dramático, sino simplemente tener un registro, digamos, de esa posible diferencia de la sociedad mexicana en la que no todos los pobres son iguales.

PÚBLICO [P]: ¿En que año llegan ustedes al Ajusco?

AB: Mi papá llegó antes.

AN: Bueno, Rogelio estuvo desde 1966. Yo llegué en 1967, en el '68 nace Abraham Francisco, en ese barrio, igual que Eréndira. Ellos son de ese barrio y Chuchín, Jesús, él ya nació en hospital, como que ya fue diferente. Pero ellos son auténticos ajusqueños; el otro es tlalpense.

P: ¿Lo tuvieron en la casa?

AN: Sí, en la casa de Chelito, una partera empírica a dos cuadras de la casa donde actualmente vivo.

AB: A dos cuadras del mercado de La Bola.

AN: A dos cuadras del mercado de La Bola, ahí. Ellos son ajusqueños, Abraham Francisco y Eréndira son totalmente ajusqueños, y orgullosamente de ahí, ¿verdad? Bueno, pero ¿cuál era la pregunta?

AB: Que cómo fue para ti esa experiencia de llegar a ese lugar en el sur de la ciudad, que realmente ni siquiera era la ciudad aún, era como llegar a vivir a un cráter volcánico, donde había una gente, como gambusinos, de alguna manera viviendo en medio del carajo, ¿no? Y la pregunta sería más bien, ¿cómo chingados te convenció mi papá?

AN: Ésa es muy buena pregunta. Fíjate que... no quisiera ponerme en un plan romántico, pero la verdad sí tuvo su parte porque. ¿Me dijiste dónde conocí a Rogelio?

AB: Exacto.

AN: Yo tenía unas amigas en el Bazar del Sábado, ahí en San Ángel. Algunos de ustedes han de conocer que se pone todos los sábados un bazar de artesanías en la parte exterior y también en la parte de adentro; entonces yo iba ahí con mis amigas porque tenía un trabajo de semana inglesa, nada más de lunes a viernes, y ya los sábados, pues me iba a cotorrear allá al bazar, y afuera Rogelio ponía sus cuadros de paisajes, pintura muy comercial.

AB: Pajaritos, los volcanes...

AN: Sí, y bodegones. Y entonces pues ahí vendía él, los sábados, y entonces en alguna ocasión fue ahí al bazar y pidió a los mariachis que tocaran «Janitzio». Entonces yo dije: «¡Ah, pues éste es michoacano!» Y además me caía bien. Así, yo lo veía y decía: «¡Ay!, ese moreno me cae bien». Había algo... de esas cosas que uno no se da cuenta, ¿sabes?, cuando alguien, una persona es especial, ¿verdad? Y entonces ya después estaba mi amiga, y ella sí lo conocía, y me presentó con Rogelio, y le dije: «¿Por qué siempre que viene pide

«Janitzio?». Y ya me empezó a echar toda la historia de su vida, que era michoacano, que de la sierra purépecha, que su mamá hablaba purépecha y en fin, cosas interesantes. Entonces una vez me dijo: «Voy a invitarte a un concierto». Yo la verdad le dije: «Ay qué bueno, qué interesante». «Sí, de órgano». Y bueno, pues ahí fue el principio.

AB: No te estaba albureando, ¿no?

AN: No. A lo mejor me quería alburear, pero yo no estaba en la idea...

AB: Pobre de mi tía, perdón, perdón tía.

AN: ...oye, sí, y fíjate que en mi inocencia y mi ingenuidad no me percaté, pero la siguiente vez que salí con él me invitó a un concierto de clavecín, de Luisa Durón; ya fue diferente. Bueno, fue un chascarrillo, pero mi vida ha sido eso, parte de seriedad, parte de chascarrillo. Eso es lo que me alivia bastante y se los recomiendo a ustedes también. Entonces, sí, efectivamente, me empezó a invitar a cuestiones que a él le gustaban, y la verdad a mí no me gustaba al principio, pero tenía una cuestión de... una conversación muy interesante, era un tipo muy informado, que había estudiado filosofía, que pintaba, que escribía, que hacía poesía; luego me decía unas poesías allí, y pues yo así, la verdad me convenció.

A los seis meses de que nos conocimos me dijo: «Oye, ¿te quieres casar conmigo?». Yo le dije: «Estás bromeando, ¿no?»; y le dije: «Bueno, pues sí», y dice: «¿Tienes papá y mamá?». «No, pues no tengo papá ni mamá, ya fallecieron mis papás», dice: «Ah, bueno, entonces con quién hablamos, porque en mi pueblo se acostumbra traer a un sacerdote con tu papá y tu mamá». Le digo: «Pues puedes traer a un sacerdote y a tu mamá, pero con un tío mío que es mi tío Jesús», él era con quien mi mamá me había dejado cuando murió.

AB: Te encargó con él.

AN: Me encargó con él cuando yo era, ya una chava, en ese tiempo de 20 años, 21; y efectivamente fue a hablar con mi tío, y entonces... hójole, le dije a Rogelio: «Oye, y dónde vamos a vivir?», dice: «No, pues el domingo te llevo a donde vamos a vivir». Pero en ese tiempo él ya tuvo que ir a pintar en una fuente monumental, en Estados Unidos, exactamente enfrente de Disneylandia, no me acuerdo ahorita el lugar, fue a pintar la historia del Popo y del Iztaccíhuatl, entonces dijo: «No, pero antes de irme nos vamos a casar por el civil». Y pues sí, nos casamos efectivamente a los cuatro meses que regresó.

Nos casamos por la iglesia ahí en Santa Rosa de Lima, en la Condesa, y pues ya de ahí nos fuimos a su tierra. Nos hicieron una fiesta al estilo de allá, con banda, con música, mole, corundas y todo. Entonces yo dije: «Bueno, y por qué aquí no hay tortillas». Es que ellos no acostumbran las

tortillas, acostumbran las corundas, ¿verdad, Tere? Y pues de ahí yo empecé a ver, ¿no?, pues son diferentes de como yo pienso y como yo soy. Entonces regresamos.

Y hay que decirlo, es verdad que fue una confrontación ir a donde vivía en lo que luego sería la colonia Ajusco, en los pedregales de Coyoacán. Yo estaba tan entusiasmada cuando me llevó allí; antes de que nos casáramos me llevó a la boda de un primo suyo.

AB: Eso, ¿ya en la ciudad de México, en la colonia Ajusco?, la boda de Chespirito.

AN: Sí, la boda de su primo, a quien apodaban *El Chespirito*. Entonces ya me fue a enseñar donde iba a estar la casa, pero pues nada más había un cuarto, un bañito y un, así, un espacio bien grande y todo así, pura piedra. Entonces yo dije: «¡Chispas!», y le dije: «¿Y así vamos a estar?». «Sí. Nada más vamos a ponerle vidrios por acá, y vamos a acomodar», y la verdad no necesitábamos más; más que las dos personas, ¿no?, para vivir con una persona no se requiere mucho cuando hay esa cosa de atracción mutua, de amor, de qué sé yo. No te fijas; yo hasta pasados los años dije: «Hójole, cómo fue que vine a llegar aquí». Es la pregunta, ¿no?, ¿cómo fue que llegué aquí?

No teníamos agua; los niños los tenía que llevar yo distancias enormes a la escuela; no teníamos mercado, bueno, no había servicios a excepción de la luz, que sí teníamos luz, pero la verdad es que nunca, nunca, como en seis años, no me percaté de esas necesidades porque teníamos una vida muy armoniosa, una vida en la que, pues a mí me encantaba Rogelio. No teníamos piano, pero cuando íbamos a partes donde había, mis amistades sí tenían, y ahí él tocaba el piano, el violín. Diario me hacía poesías.

Yo cuándo me iba a acordar de que no teníamos agua, ¿no? Cuando son todas esas cosas tan bonitas que te seducen, que te llevan al amor y esa cosa tan bonita... pues de ese amor nacieron mis hijos, por eso están tan bien, realmente...

AB: Oye, bueno, hablando de eso, creo que es muy bonito, perdón que te interrumpa, hay un elemento que no se puede quitar, y creo que es importante, en términos de esa voluntad. Tú lo caracterizas de un modo muy bonito y es parte también obviamente de la voluntad de querer estar con alguien, pero mi papá tenía un hijo, que era un bebé, y tú llegaste con mi papá y ese bebé, ¿cómo fue esa situación?

AN: Bueno, ese bebé lo tenía su...

AB: ...que es mi hermano Rogelio.

AN: Rogelio, que le lleva dos años justo a Abraham. También se llama Abraham porque nacieron el mismo día con una diferencia de dos años, ¿verdad? Abraham Rogelio nació el 16 de marzo de 1966, y Abraham Francisco nació en el 16 de marzo de 1968.

AB: Qué puntualidad de mi papá...

AN: Sí, muy muy exacto el señor. Entonces, pues Rogelio era viudo, otra se lo robó del seminario, porque yo no, a mí ya me tocó el otro paso...

AB: Echadito a andar.

AN: Ya encarrilado.

AB: Lo menciono nada más por caracterizar toda la situación también, es decir, no era sólo esta situación física del espacio tal cual, la topografía, la cadencia, sino además había ya este chavito, que era pues un chavito huérfano.

AN: Sí, de hecho tu abuelita, doña Helenita Villegas, mi suegra, ella tuvo al niño todavía un año, o sea, en Nahuatzen, Michoacán; y ya después, como ya estaba su hermanito el siguiente año, ya crecieron juntos; fueron a preescolar juntos, a la secundaria, a la prepa.

Él es actuario, es un chavo muy bueno, que fue muy bueno para las matemáticas, y es actuario y matemático; es mi hijo Rogelio, qué bueno que lo mencionas, ¿verdad? Y él ya a todo, a partir de los tres añitos, vivió con nosotros.

AB: Ahora sí, la parte que me interesa a continuación es justamente esa transición donde tú, como mujer, como esposa, como madre, te enfrentas a la situación personal, a la doméstica, pero también a la situación comunitaria; donde tus carencias son las mismas de las demás personas de eso que todavía no era ni siquiera una colonia.

Y entonces, de qué manera en ti sucede eso que convoca a participar, a trabajar en bola, a ir a exigir, a ir a pelearse con la autoridad, a ir a romperse la cara con el funcionario corrupto, ir a lidiar con el vecino huevón, o sea, ¿cómo sucede eso?, ¿cómo sucedió en ti?

AN: Bueno, fue chistosísimo, cuando llegué allí a la colonia Ajusco, cuando acompañaba a Rogelio a que pintara en el campo, teníamos unos sombreros grandes, y un señor nos acarrea el agua en unos burritos.

AB: Se llamaba Mayolo.

AN: Sí, nos acarrea el agua, y entonces allí estaba yo y me ponía mi sombrero y mis guantes. Entonces todas las vecinas, como no había bardas, se codeaban, y era como un público, porque yo no era como las señoras que tenían más tiempo de vivir allí. Entonces, yo también la primera vez me sorprendí, decía «pues ¿qué me verán?», pero me di cuenta de que ellas no usaban un sombrero para salir a lavar al sol, ni usaban guantes.

Yo pues trabajaba en un banco, tenía otra mentalidad, cuidaba mi persona. Es chistosísimo, porque después me

platicaron algunas vecinas que yo llegué así como con unas toallas muy blancas, preciosas y que les puse un encaje, y para ellas era sorprendente que no estaban percutidas como las de ellas; pero a los cuatro meses las toallas estaban muy mal, o sea, yo ya era igual que ellas, me fui transformando, fue toda una confrontación para mí.

Yo, pues a pesar de mi origen marginal, y mi, si se puede decir, mi marido marginado rural, pues sí fue una confrontación para mí y la verdad es que uno de mis tíos, cuando me fui allí a la casa, me dice: «¿Cómo es que te viniste a vivir aquí?». Yo le dije: «Pues es que me enamoré, tío». Entonces fue todo un proceso en el que ya después estábamos en igualdad de circunstancias todas las señoras, y fuimos, pues, organizándonos; eran ya los setenta, el movimiento de la Unión de Colonias Populares, con otras organizaciones para luchar y ver por que nos legalizaran la tenencia de la tierra; empezar a movernos para ver lo de las escuelas; fue todo un proceso de socialización primero, y de convocar, y de organizarnos las mujeres, porque los señores, pues se iban a trabajar, y así fue toda esa transformación de aquella muchacha que trabajaba en un banco y jefa de cobranzas en una empresa a una mujer marginada con muchas carencias.

AB: Sí. También hay algo que, obviamente, bueno no obviamente, hay algo que es importante en el tejido social. Es decir, cada una de estas mujeres, en lo que devino la colonia Ajusco, y digo la colonia Ajusco porque es donde viví, donde crecí yo, y mi mamá tuvo esta experiencia, pero creo que es el caso de muchísimas mujeres, de México y en el mundo; no todas las mujeres son iguales, como no todos los hombres son iguales —aunque las mujeres lo digan—. Hay algo de esa pluralidad que es muy importante, de esas vecinas que se asomaban para ver las toallas, que son personas específicas, ¿puedes dar ejemplos? Como la señora que hacía las limpias, doña Caguama...

AN: Sí, porque el esposo era muy gordo. Era esposa de *Caguama*, y luego estaba... está todavía doña Mimí, que es cartomanciana, que lee las cartas; y estaba la señora doña Mica que inyectaba, nos inyectaba a nosotros; y estaba doña Lalita que también hacía limpias; y estaba mi mamá, y estaba doña Licha, la del mercado, que vendía zapatos; y así todas las mujeres eran distintas, pero tenían este común denominador que era la carencia y que, de algún modo, para mí es importante, porque nadie perdió esa identidad.

Hubo una especie de transformación en la que nadie perdió su identidad, pero sí hubo una transformación radical de convertirse en actores políticos, todas ellas juntas, y eso para mí es importante. ¿Cómo lo viviste tú? Esta convivencia, ¿cómo era entre las mujeres?, ¿cómo sigue siendo tal vez? Está aquí doña Tere, que también es de la colonia, ella es de Tócuaro, Michoacán, y ha sido también participe de estos procesos. No sé, ¿cómo lo vivieron ustedes? En reconocerse diferentes, quiero decir...

AB: Bueno, de hecho en la diferencia, la coincidencia, porque bueno las señoras, las demás, eran de diferentes pueblos, pues de Michoacán, de Guanajuato, de Guerrero...

AN: Y de Oaxaca.

AB: De Oaxaca, de Puebla, como Lalita.

ER: Y don Chon.

AN: Don Chon y Marthita también eran de Puebla, después le decían *Marxita* porque nos dieron unos cursos de marxismo, que a mí me sirvieron muchísimo para todos estos asuntos sociales, y bueno, pues ahí conocí a gente que me ha dado mucho y que le tengo mucho respeto, como Jovita Figueroa, una luchadora social muy apreciada en esta zona.

AB: De Zacatecas.

AN: De Zacatecas, sí. Y bueno, pues ahí nos empezamos a organizar y a buscar a otras personas con iguales carencias para poder ir a presionar a las autoridades para todas estas necesidades que no teníamos resueltas, ¿verdad? Entonces sí fue un cambio, se puede decir gradual, pero radical, para mí y yo creo que también para todas las señoras.

En una ocasión tuvimos un problema muy grave, pues ya teniendo el agua y habiendo pagado el servicio, y habiendo hecho labor los sábados para meter la tubería, ya teníamos como dos o tres semanas con agua, y nos la cortaron. Nosotros teníamos tres, cuatro niños, entonces fuimos a hablar con el delegado de Coyoacán, Leopoldo Sánchez Duarte —por cierto, su papá fue gobernador de Sinaloa y yo ya lo había conocido a él en otra parte, porque en el movimiento del '68 a él ya lo había yo conocido, porque ya nosotros estando en Ajusco éramos de las personas que más participábamos en ese proceso histórico— y bueno, pues total que fuimos y el señor se escondió...

AB: El delegado.

AN: ...el delegado, entonces mandó a otra persona allí para que nos atendiera. Éramos como 400 personas allí... ustedes han de conocer, en Coyoacán, en el quiosco. Nosotros éramos los gachos y seguimos siendo los gachos de Coyoacán, porque somos ajusqueños y somos los feos, y ustedes son los de acá, del centro de Coyoacán. Entonces fuimos y ahí dijimos: «Queremos que usted nos atienda». Y en ese momento llegó Silvia Pinal, que en ese tiempo todavía la señora estaba de buen ver, y entonces a ella sí la pasaron luego luego, entonces, nosotros que nos metemos detrás de ella. Fue ahí que entramos a la sala de cabildos, que está frente al quiosco. El delegado dijo: «Bueno, ya les dije a ustedes que los va a atender mi secretario». «No: queremos que usted nos atienda, porque ya tenemos tres semanas sin agua».

«Ahorita les mando las pipas». «No señor, no queremos eso, eso de pipas de agua nos han dicho muchos funcionarios y no les creemos».

Entonces bueno, lo que hicimos fue ir por toda la ropa sucia y ahí en Miguel Ángel de Quevedo, donde hay un buen de arbolitos, estaban chiquitos en ese tiempo, pusimos unos mecates de lado a lado, y la ropa toda sucia de los niños, toda con caca y sucia la ropa, todo, y entonces después de eso sí nos recibió el delegado, pero no solamente quedó allí la cosa, sino que nos dijo: «Ahorita ya van a ir unas pipas a dejarles el agua». «Nosotros no queremos pipas, ya tenemos la tubería, suelten el agua arriba», porque hay una parte donde están unas bombas en la parte sur de la colonia Ajusco. Y, bueno, dice: «Pues déles unas pipas porque ahí todavía no está en buenas condiciones», y etcétera, entonces nosotros, con todo Miguel Ángel de Quevedo con el tilichero éste, estos colgijes, no los quitamos, y ahí íbamos con las pipas, caminando por todo División del Norte y Pacífico hasta la colonia Ajusco, y ya llegamos allí a la colonia y nos dejaron las pipas.

Entonces pasaron otros tres días y tuvimos que hacer esa repetición de poner la ropa como la pusimos en Miguel Ángel de Quevedo, pero exactamente frente al quiosco, y ahí fue donde ya tuvieron que venir o no se qué tipo de trabajos de plomería, o no sé, del instituto especializado en esas cosas, y pues ya hasta ahorita no hemos tenido ese problema. Pero como ésa les puedo platicar muchas historias, porque realmente me transformaron, porque tomé una conciencia social, tomé un compromiso que fui adquiriendo y después de ahí nos organizamos en todo lo demás.

AB: También es bueno que esté aquí doña Tere Castillo, porque ella también es parte del mercado de La Bola que es, obviamente, no sólo un lugar importante porque es donde se abastece la gente, sino que también es un espacio público, es un espacio de convivencia, una plaza pública en el sentido estricto de la palabra. Y creo que es importante recordar ese proceso también; cómo se fue consolidando, de ser una necesidad específica, la de tener dónde comprar, dónde consumir y ¿cómo se gestó el mercado?

AN: ¿Cuántos años cumple?, ¿cuarenta y que? Cuarenta años, el 9 del próximo junio. Sí, de hecho en esa zona no había escuelas, no había mercado, y también empezamos a organizar toda una movilización para el mercado. En ese tiempo íbamos a esas oficinas que les llamamos el Departamento Central, que ahora es el gobierno del D.F., allá, en el Zócalo.

Estuvimos allí como un año antes vendiendo en la vía pública, y luego había que ir pagando el lugar para el mercado, pero había gentes que ya tenían, como don Fortunato y doña Ofé y otras personas, que ya tenían muchos años ahí en la calle vendiendo verdura, jitomates y demás cosas, o don Ángel, que empezaron ahí con el comercio en esa zona ajusqueña. Entonces, ya con el mercado establecido yo tenía mi puesto de ropa, uniformes escolares, ropa interior de mujer,

brassiers, pantimedias, todo eso, y llegué a ser secretaria general de ese mercado, y Tere Castillo, que está aquí presente, era la secretaria de finanzas, y así había una organización de todo. Entonces era un punto muy importante, y ahí todos los partidos querían hacer sus eventos.

AB: Sacar provecho, ¿no?

AN: Entonces no invertíamos, ¿verdad? Entonces cuando vino en el '86 esa campaña del Frente Democrático, ahí sí permitimos que algo se organizara en la cúpula del mercado de La Bola.

AB: Ochenta y ocho, la campaña de Cárdenas.

AN: Entonces vinieron los priistas, y dijeron: «Bueno, pues, por qué le permiten a él y a nosotros no». Bueno, pues es que la gente a él sí lo acepta, ¿no? Únicamente lo que hacemos es lo que la gente quiere, y aquí todo es por mayoría. Y bueno, pues ahí también nos tocaron momentos difíciles porque la gente se acostumbró a que todos los administradores del mercado fueran corruptos y a sacar dinero a la gente.

Entonces a nosotros lo que nos tocó hacer, pues, fue civilizar y concientizar a los mismos locatarios para que ellos hicieran sus gestiones ya no solamente a través de nosotros, sino a nivel individual y grupal; hicimos esquemas de mecanismos organizativos para que ellos mismos fueran a hacer sus trámites y eso como que no le gustó a la autoridad, porque la autoridad estaba acostumbrada a sacarle dinero a la gente y, en alguna ocasión —Tere es testigo— algún señor *muuy* corrupto, que llenó de ambulantes los pasillos del mercado, yo siendo secretaria general le dije: «Oiga, señor, aquí, en caso de un incendio, de un siniestro, ¿por dónde sale la gente?». «No se preocupe». «No, señor, usted no puede tener esta gente aquí, yo le exijo que la saque», le dije, «además usted le cobra a todos estos ambulantes y los mete al interior del mercado, ya no solamente los de afuera que tienen una dirigente ahí, sino que los pone acá adentro y eso es gravísimo». Y entonces dijo: «No, no, no cobro nada». «¿Cómo no? Usted tiene tesorera». «¿Quién?». «¿La señora Tere Castillo?», le dije: «No, usted tiene a la que barre, hijo de toda...». Y entonces tenía una máquina de escribir, y la verdad estaba yo tan enojada, yo creo que tengo instintos homicidas muy graves, muy fuertes, porque ya lo iba a matar al señor, se los juro. Así yo iba a aventarle la máquina de escribir, pero era mi rabia, mi coraje por tanta corrupción, y la verdad todavía lo tengo en la mente.

AB: Hay algo que también creo que es importante, paralelo a todos estos procesos, cuando hablas de concientizar, cuando hablas de generar esta reacción de la gente frente a sus problemas, que es la parte educativa, hay un proceso también de configuración de un espectro educativo, que no es solamente lo escolarizado.

Hubo la necesidad de abrir un espacio de alfabetización para adultos, por ejemplo, en Huayamilpas, y traer las escuelas a la colonia también, la secundaria a la que fue Chucho, etcétera; pero además también hay una necesidad educativa en el sentido de la conciencia, de cómo se generó esa conciencia en la gente a partir de las necesidades, de esas otras necesidades, porque la educación también es una necesidad.

Entonces me gustaría que describieras un poco el proceso no solamente de esos espacios educativos, de cómo llegaron a instalarse las escuelas allí, sino también la gente cómo generó esta conciencia de auto-organización y de procesos educativos, como dices tú, de estructuras que sirvieron para eso. Pienso ahora, por ejemplo, en el profesor Rubén Morales que era estudiante de Pedagogía en esa época y que fue de los principales jóvenes en organizar a la gente para reclamar sus derechos. ¡Uy!, gente como él yo creo que fue muy importante, y gente que incluso era de otros partidos o de partidos, como *El Texas*, por ejemplo. Gente que participó de muchas maneras y que no tiene que ver necesariamente con que fuera del PRD. Digo, no existía el PRD, pero no eran necesariamente de izquierda.

AN: Bueno y también debo decir una cosa muy importante. En esa zona, en la colonia, estaban los jesuitas. Creo que la participación de ellos fue muy importante. Esos jesuitas que muchos de ellos eran maestros en la Ibero, en la Ibero de Puebla y Torreón, esos muchachos, muchos de ellos que ahora son ya de mi edad, pero en ese tiempo eran jóvenes, ellos fueron con nosotros a formar equipos de trabajo, a sensibilizarnos y a tomar conciencia, porque nos decían que nosotros no solamente éramos objeto de una transformación.

Todo partía de que fuéramos objeto y sujeto en una pedagogía del oprimido... Pablo Freire ¿no? Yo en ese tiempo no sabía quién era Pablo Freire. Todo ese trabajo, pues de años, en el que todas las personas, no solamente las mujeres, llegamos a ese nivel de participación de conciencia, es parte esencial del trabajo de los jesuitas en el contexto de la Teología de la Liberación, y yo sigo todavía en esa línea de trabajo y, a través de los derechos humanos, seguimos en esa línea organizativa.

AB: ¿Podrías hablar un poco en ese sentido de las Comunidades Eclesiales de Base? Porque hay obviamente una genealogía no solamente educativa, sino política e ideológica. Tú hablas de Pablo Freire y hablas de la Teología de la Liberación, pero tiene una consecuencia histórica, es decir pa' atrás, viene de Ivan Illich, en Cuernavaca, de Sergio Méndez Arceo, y de una línea que se desarrolla hasta ahora, en gente que incluso mencionamos aquí la vez pasada, como el padre Alejandro Solalinde, como Samuel Ruiz en Chiapas, o Raúl Vera, que tienen un desarrollo rizomático de esa línea de pensamiento y de acción en

la gente; quiero decir, en las personas, en ti, como mujer de los pedregales de Coyoacán, que se relaciona con eso, pero no es de un modo lineal, por eso digo, rizomático. Y eso a mí me interesa mucho, si lo puedes referir.

A mí realmente me interesa mucho cuando va uno a una misa ahí en la iglesia de la Resurrección, en avenida Aztecas, en la colonia Ajusco, que de repente a la hora de orar, la gente pide por algo, le pide a Dios, y de repente en algún momento me tocó a mí ver que le pedían por el Sindicato de Electricistas. O sea, eso no pasa en otras iglesias, pasa en iglesias muy específicas, quiero decir, y acá... la compañera preguntaba hace rato de los zapatistas. Creo que los zapatistas también tienen que ver con esa genealogía; la preocupación por los migrantes tiene que ver con esa genealogía; la preocupación por los derechos humanos tiene que ver con esa genealogía. ¿Tú cómo te ves en ese espectro? ¿Cómo han sido las comunidades, tu participación en las Comunidades Eclesiales de Base en la colonia Ajusco?

AN: Bueno, la verdad es que yo fui al principio como a fuerzas. No quería ir, se me hacía muy mocho y yo vengo de una generación que todo lo que hay en la Iglesia, incluyendo a los curas, lo rechazábamos, ¿no? Pero fue verdaderamente impactante para mí empezar a participar en las Comunidades Eclesiales de Base, en esa línea de la Teología de la Liberación, porque todo estaba relacionado con transformar nuestra realidad; de alguna manera que el sujeto fuera el transformador, y el vernos espejados en los demás; teníamos las mismas carencias, teníamos la misma preocupación, y esto en un marco del Evangelio, de inspiración cristiana realmente, porque Jesús fue el primero que vino a luchar contra la injusticia, ¿verdad?, y a luchar contra la opresión, contra la impunidad.

Y entonces con esta referencia del Evangelio según Jesús, del Jesús histórico, el Jesús que sí existió, no el otro, ¿verdad? Entonces para mí fue todo un descubrimiento, ya no puedo ir los martes con mi comunidad, pero sigo perteneciendo a los grupos eclesiales de base, y soy del consejo.

AB: ¿De qué hablan en esas reuniones?

AN: En esa zona de los pedregales debo decirles que hay 70 comunidades de base, pues son tantos habitantes. Entonces,

cada comunidad es como de diez o doce personas que se reúnen cada ocho días en una casa, y va rotándose. Vamos a decir, el siguiente martes toca en otra casa y comienza con una lectura bíblica. Y después de esa lectura, la reflexionas, entras en una cuestión de discernimiento. Y después ya te tocan las tareas complejas, que hay que hacer en esos ocho días.

Entonces eso te va llevando a un trabajo colectivo, a un trabajo comunitario en el que todos estamos involucrados y en el cual tienes que informar la siguiente semana. Y así en esa rutina se van dando muchísimas transformaciones.

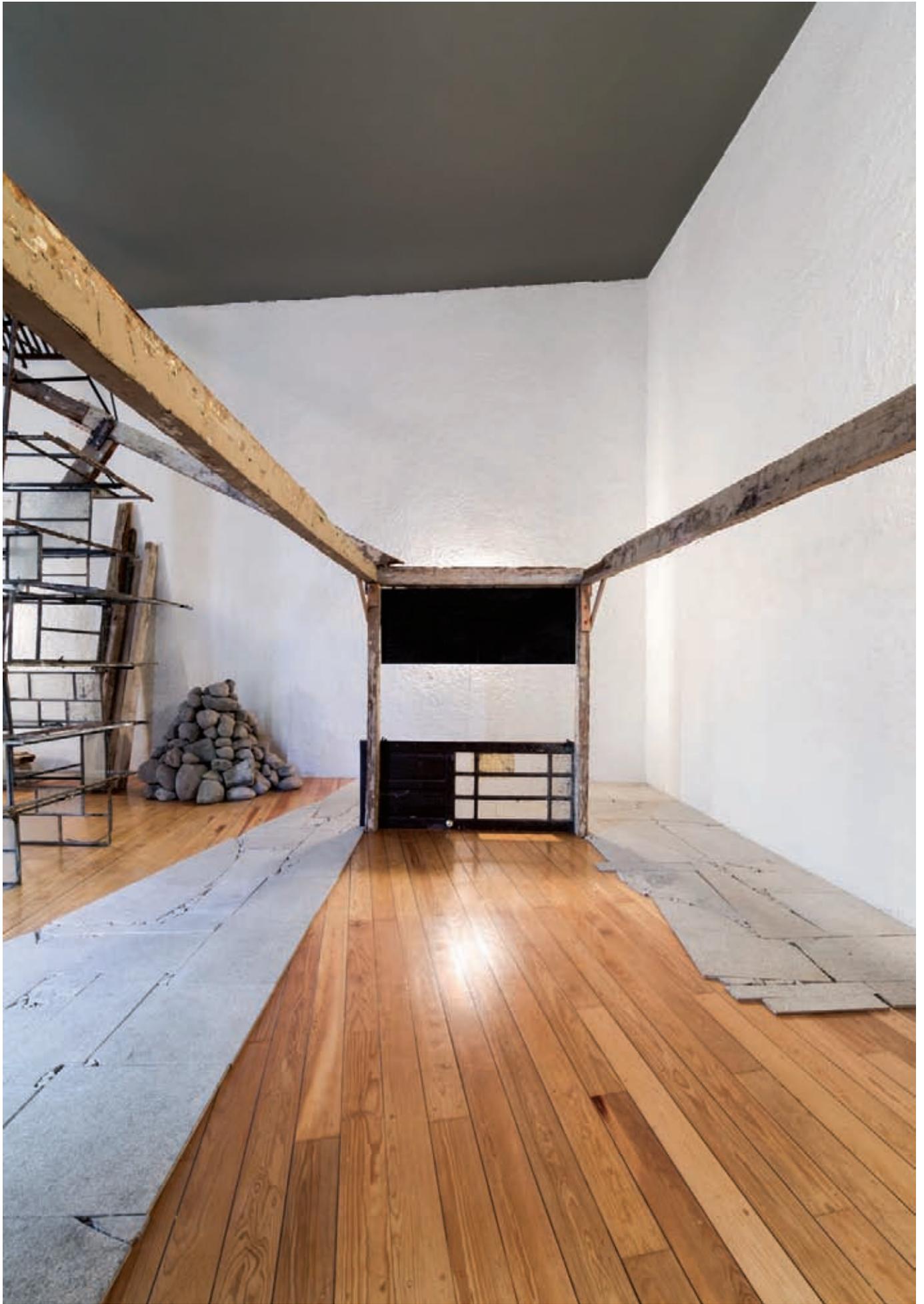
Actualmente, como mencionaba Chucho, estamos con el problema de los desalojos a personas adultas mayores que fueron los que fundaron esas colonias, y sobre eso estamos dándole, ¿verdad? Todo desde una reflexión bíblica y de los temas sociales, los del consejo somos los que seleccionamos los temas para que cada ocho días la gente lo lleve a su comunidad, y de esa manera darle continuidad a todo ese trabajo de concientización a la mayoría de la gente, pues ahora hay grupos de jóvenes, grupos de niños.

Antes era diferente trabajar con niños, era recorrer todos esos procesos y la verdad yo creo que fue una generación de jóvenes, sobre todo la de ustedes, gente que de esos pedregales inhóspitos y con carencias resultó una generación de profesionistas. Yo, en ese sentido, creo que nos sirvió mucho para participar de lo social, de todo lo político, porque nos dio apertura a una visión de un mundo mejor.

AB: Pues creo que la verdad, llevándolo a un territorio más amplio, justamente este devenir, esta genealogía que se emparenta con Los Sin Techo, con Los Sin Tierra y otras comunidades que tienen problemas similares en el mundo, no sólo en México, conllevan una visión más amplia, sobre el individuo como parte del mundo, del universo.

Y creo que, para concluir, nada más me gustaría preguntarte cuáles son tus planes para el futuro. Sé que estás estudiando Filosofía y que quieres estudiar Derecho para defender a tus vecinos y a tus compas, pero esto, ¿para qué? O sea, no solamente para defender, sino otra vez esta constante transformación: ¿Cuáles son tus planes en el futuro?

AN: Bueno, yo creo que para defender a los demás no necesito ningún papelito ni mucha información. ↓





















Dirección
General de
Artes
Visuales

MUSEO
EXPERIMENTAL
EL ECO

**ESTE VOLUMEN ES PARTE DE LA EXPOSICIÓN
AUTODESTRUCCIÓN 2, PROYECTO DE ABRAHAM CRUZVILLEGAS
QUE SE LLEVÓ A CABO EN EL MUSEO EXPERIMENTAL EL ECO
DEL 28 DE FEBRERO AL 26 DE MAYO DE 2013.**

Las transcripciones contenidas en esta publicación procuran comunicar de manera fiel las voces de quienes participan en los diálogos.

Coordinación editorial: Macarena Hernández
Corrección de estilo: Diana Goldberg, Claudia Priani
Diseño: Cacamotic - Maru Calva, Nattan Guzmán

México, 2014

Fotografías:

Segunda y cuarta de forros, Gabriel Escalante.

Páginas 9 y 10, Héctor Bautista y Fernando Olivares
(fotografías tomadas con celular).

Páginas 12, 21, 32 y 40, Guillermo Rosas.

Páginas 49 a 59, Enrique Macías - cortesía del artista y la galería
Kurimanzutto, México.

Agradecimientos:

A Héctor Bautista, Fernando, Alejandro y Rogelio Cazares, Ana Victoria Cruzvillegas Carrillo, Ángel Carrillo, Ricardo Hernández, José Kuri, Alex Lagunas, Mónica Manzutto, Gabriel Muñoz, Martín Núñez, Fernando Olivares, Miguel Sánchez, Andrés Stebelsky, a todo el personal del Eco, especialmente a David Miranda y a todas las personas que voluntariamente o no participaron en esta autodestrucción.



